

PRECIO: \$ 1.50

REVISTA



DE ARTES Y LETRAS

Año II - N.º 1

1.º de Enero de 1918

92

Ediciones de ARTES Y LETRAS
(LOS DIEZ)

SUCESOS

Revista de actualidades
de mayor circulación en Chile
y la única que publica informaciones
gráficas
de los acontecimientos
acaecidos durante la semana
en toda la República.

DIRECTOR:

A. SOTOMAYOR

SANTIAGO

VALPARAISO

Galería Alessandri 24 - San Agustín 54

Precio: 50 centavos

REVISTA
DE
ARTES Y LETRAS

(QUE CONTINÚA LA DE "LOS DIEZ")

DIRECTOR
MIGUEL LUIS ROCUANT

ADMINISTRADOR
FERNANDO SANTIVÁN

Casilla 2455

Santiago

PRECIO: \$ 1.50

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA UNIVERSITARIA

BANDERA 130

1918



De la señora Inés Echeverría de Larraín.

UN PASEO AL MAR

¡Qué tristeza de vida!... En aquellos campos desiertos, demasiado modernos para poseer las variaciones de perspectiva de la naturaleza salvaje, la familia Raval naufragaba en el hastío, como caravana de turistas en medio del Sahara.

El borrascoso destino, jugueteón e irónico como viejo saturado de picardía que se propusiese pasar el tiempo a costa de un grupo de niños ingenuos, los había traído de las costas de Francia para arrojarlos a un rincón desamparado de nuestra adusta campiña. De las doradas ilusiones que inflaran el velamen de su bajel de aventureros al partir de la madre patria, sólo quedaban leves soplos desmayados. La familia Raval había ido descendiendo de mal en peor, y del antiguo barquichuelo emprendedor ya no quedaba más que el casco cubierto de moluscos y vegetaciones marinas.

Mr. Jean Raval, de viñatero bordalés había venido a menos de puesto en puesto a medida que las hijas aumentaban. Llegó a tener sietè, número perfecto en los libros santos. Todo disminuía con la estrechez de los recursos, todo, menos el orgullo que se arraiga más en los seres, mientras menos hay en qué fundarlo.

Mr. Raval había entrado al fundo en calidad de horticultor, con grandes expectativas del dueño que esperaba de su emplea-

do hermosas plantaciones. Mr. Raval era pequeñito como gallo de pelea; tenía el ojo malicioso, el labio grueso y la sonrisilla malévola. Se sentía descentrado en medio de los rústicos que componían el personal de la propiedad. Los huasos, ladinos, con la picardía que los caracteriza, veían en Mr. Raval el enemigo de la raza aborígen, y no perdían ocasión para hacer alguna de las suyas «al gringo de las casas», como lo llamaban. Sin inmutarse, en silencio, los peones hacían el trabajo al revés de como Mr. Raval les ordenaba, de suerte que las plantaciones, los ingertos, los riegos, producían efectos contrarios y desastrosos.

Madame Raval se decía de origen noble, «*une Condé-Martin*»; pero en «Los Quillayes» no era más que «la mujer del gringo». Seca y lamida como gata de tejado, con dos dientes de menos cuyos huecos dejaban pasar la saliva al hablar, conservaba cierta confianza en sí misma, debido a la conciencia de su origen noble y a la falta de espejo... Apenas cubierta por sus guñapos y el cabello protegido por un velo verde, la pobre señora solía exclamar:

—*¡Quelle vie, mon Dieu, pour une française et pour une Condé-Martin!*

Y al pronunciar su apellido ilustre delante de las gallinas rebeldes que picoteaban incansables los detritus de la casa del herrero, acompañaba la palabra de un profundo suspiro.

Cada día, las preocupaciones del gallinero, «*les ennuis*» como ella decía, o los fastidios en buen romance, la apergaminaban, le pegaban más la piel a los huesos. Su boca grande y desdentada se abría sobre la ruina de los dientes partidos o cariados, como una puerta cochera que mostrase los desperdicios de la casa. Su cabello, que fué ondeado y flexible, habíase vuelto rebelde y algunas crenchas indómitas se escapaban del tul en girones que pretendía aprisionarlas. Pero a pesar de todos sus golpes, la vida había dejado en su espíritu un residuo inagotable de puerilidad que le permitía alegrarse sin razón y esperar a despecho de todas las realidades. Es que estas mujeres que han sido honestas por la fuerza de las circunstancias, permanecen cándidas y accesibles a los fáciles regocijos.

En el presente, Mme. Raval vivía de dos sencillas ideas, ante las cuales se henchía de esperanza como una esponja reseca que se sumerge en agua clara: su negocio de gallinas y un proyecto de paseo a las playas de Lolloe para celebrar el día de su santo. Era mucho lo que revolvía en el magín la lista de cosas que compraría con el producto de sus gallinas, y ello bastaba para mantener su espíritu poblado de sensaciones alegres. Cuando decaía el entusiasmo y comenzaba a pensar en la tristeza de vida a que condenaban a una Condé-Martín, bastaba que las muchachas, que sabían explotar sus débiles, pusieran ante sus tribulaciones de gallinero la perspectiva del viaje a las playas en el día de la gloriosa mártir Santa Felícitas—ella se llamaba Felicité,—para que madame Raval sonriera beatíficamente abriendo el portalón de su boca desdentada.

Ver el mar, que perdiera de vista desde la época de su viaje a Chile, pasar un día de verdadera holganza, tener ocasión de lucir los sombreros recién confeccionados y los vestidos arreglados por décima vez con los mismos trapos, dejar de ser campesina por un momento y reencarnar la Condé-Martín que ella se sentía como en trono invisible, eran placeres que ponían a madame Raval en pie de ensoñación seráfica. ¿Cuándo, ni en qué desierto, una francesa dejará de sentirse hija de Eva y muñeca digna de adoración?

Madame Raval estaba condenada por la sencillez de su espíritu a no ver más que detalles insignificantes en todo. Imaginaba, entre otras cosas no menos bizarras, que la educación consistía en saber hacer reverencias y hablar del tiempo y de los decires de la gente. A sus hijas no les había enseñado nada, puesto que ella nada sabía. Y las pobrecitas habían crecido incultas, dedicadas a los menesteres domésticos, cosiendo, zurciendo y, con su instinto de hembras, componiendo los míseros trapitos para embellecer.

Entre las siete niñas del matrimonio Raval había una colección de tipos; grandes y chicas, gordas y flacas, listas y torpes, Marie, la mayor, era la más consciente y la mejor parecida. Tenía el buen gusto ingénito para vestirse y solía sonreír con gracia. Tenía el dón de condimentar sus poquísimas ideas para

dar cierto movimiento a la conversación, y poseía un regular surtido de miradas con diversas expresiones que producían el mejor efecto entre las personas que la trataban.

Tipo distinto al de Marie era la segunda de las Raval, Sophie, que posaba la laxitud del cuerpo en fruición amorosa, parecía tener los ojos continuamente en almíbar. Su cuello se inclinaba sobre un hombro como amorosa tortolilla y sus ojos se clavaban siempre iguales, suplicantes y tiernos, lo mismo sobre un hombre, que sobre un árbol o un perro. Todo su ser se había plasmado definitivamente en aquella actitud, sin variación posible, y parecía estar con un amante a la vista en cualquier momento de su vacía existencia.

Celestine, la tercera, con su naturaleza rústica, su cutis fresca, las facciones toscas y el pelo enmarañado era, después de todo, la única natural y sencilla de las hermanas. No posaba ningún personaje que no fuese la frescura de la campesina joven y sana, que se lava con agua clara y se satura de las exhalaciones de las yerbas. Su color tostado le daba más vida que los pésimos coloretos de las hermanas, cuyos blancos y carmines, así como las sombras de los ojos, demacraban la fisonomías haciéndolas aparecer enfermizas.

Venía después Helène, gorda y fofa, perezosa y muy tímida. Era la Cenicienta. Las hermanas se avergonzaban de ella y la habían destinado a la cocina. Su trato con las ollas la había vuelto más huraña y desconfiada, haciéndola huir de las gentes siempre que podía.

Del resto de las hermanas menores, la única que tenía carácter digno de mención era Sarah, muy chica, delgada y pálida, con boca de pescado y las manos húmedas; daba la impresión de reptil con su mirada turbia, esquiva y falta de luz, cual si abrigara malos pensamientos. Las otras eran todavía cuerpos y espíritus en formación y no vale la pena que nos demos el trabajo de presentarlas.

II

Llegó el gran día tan esperado. De lo que no se había dado cuenta madame Raval era de que las dos hijas mayores esta-

ban de acuerdo secretamente con sus enamorados para encontrarse con ellos en las playas de Llole. En la aburrida soledad de los Quillayes habían florecido algunos idilios campesinos, a pesar del orgullo de los esposos Raval que procuraban en lo posible aislar a sus hijas de todo contacto con los rústicos de este país infame.

Sophie había logrado cautivar con sus eternos ojos en almíbar al administrador de un fundo vecino, viejo, casado y vulgarote; pero don Acario llevaba pantalones y eso era bastante en aquel desierto, además, le prometía desposarse con ella tan pronto como muriese su mujer, enfermiza y deteriorada por los años...

El corazón de Marie vacilaba mientras tanto entre dos galanes. Era el uno Pedro Fernández, rico propietario de los alrededores, joven, apuesto y elegante, pero... casado; y el otro, el señor Bahamondes, hombre de trabajo, campesino que se labrara una modesta fortuna a costa de tostarse el cutis bajo los ardientes rayos del sol, y de perder sus pocas condiciones de sociabilidad en contacto de rústicos groseros. La naturaleza fina de Marie la llevaba irresistiblemente hacia el enamorado aristocrático; pero su sentido de muchacha práctica la hacía reflexionar que valía más decidirse por Bahamondes, poco refinado, pero hombre capaz de llevarla hasta el codiciado altar. Pensando en tales expectativas matrimoniales, habíase puesto de acuerdo con él para que, junto con el enamorado de Sophie, las esperasen en Llole el día de Santa Felicitas.

Comenzaron, pues, los preparativos. Algunas aves fueron ofrecidas en holocausto a la fiesta de *Felicité*. Se llamó al cocinero de «las casas», y con el cebo de convidarlo al paseo, le hicieron condimentar pollos escabechados con cebolla y mucho aceite; y manjar blanco en «sambuches», como decía aquel indio grande, triste y grave, que hacía recordar con sus facciones de mulato y su expresión estúpida al famoso general Daza de la guerra del 79.

La perspectiva del viaje había hecho crear una frase que circulaba en todas las bocas de la familia Raval, frase compuesta de chileno popular y de reminiscencia francesa:

—*On va a gocer a Llolleo.*

Se hizo venir de Melipilla uno de esos coches del museo en que durante la Colonia los hacendados debían atravesar los ríos sin puentes, alto, ventrudo con dos ventanuelas pequeñísimas, y arrastrado por cuatro jamelgos blancos, de extraordinaria flacura, verdaderos candidatos a esqueletos. El cochero, un roto de guarapón y manta colorada, aunque negado a todo asombro por su atavismo araucano, pasó, sin embargo, por un momento de indecisión y espanto al considerar la preciosa, pero monumental carga que tendría que recibir en el desvencijado vientre de su carricoche.

Madame Raval, vestida de verde cata y con un sombrero en que los atados de cintas multicolores regocijaban los ojos como una mancha de pintura futurista, parecía la reencarnación de una momia egipcia en un pez espada. Mr. Raval, a quien ninguno de los empleados de los Quillayes había reconocido esa mañana en su traje de futre: tongo, camisa muy engomada con pechera amarilla; anillos, prendedores, cadena de reloj, todo un bazar ambulante de joyería barata en que el oro colorado, las cabezas de perro, los escarabajos azules, ornaban la figura del jefe de aquella caravana digna de un serrallo de sultán.

Las hijas, en número completo, era cada una un cuadro aparte posando una idea determinada. Marie representaba la Distinción. Llevaba un trajecito de colores neutros, bastante apegado al cuerpo para exhibir las formas finas y un escotito bajo para anunciar las delicadezas de la garganta negligentemente defendida por leve encaje.

Marie presentábase más delicada que nunca dentro del estuche de su *tailleur beige*, y ponía más intención a su sonrisa y más finura a su palabra. Sophie vestía de color rubí,—matiz del deseo encendido,—y adoptaba posturas de confitería que se exhibe en vitrinas. La fresca y saludable Celestine vestía de obscuro, ataviada con un sombrero en forma de cacerola y reía sanamente, mostrando sus dientes blancos y firmes. Las demás hermanas completaban con sus vestidos de todos los colores el cuadro de bazar de turco, con sus cintajos y sombreros de todas formas.

A muy duras penas la familia Raval en masa logró penetrar al vehículo, que si no crujió y gimió, porque no tenía resorte sensible, en cambio se inclinó pesadamente sobre los ejes cansados. Hubo que colocar en la parte posterior del coche los canastos y los cajones de vino. En el asiento de adelante, junto al cochero, se instaló el cocinero con su aspecto de indio triste. Mr. Raval, el ojo fulgurante y malicioso, como encendido por el recuerdo de las brillantes aventuras de su juventud, el bigote retorcido y aguzado en punta, saboreaba un cigarrillo en sus labios gruesos.

¡Era de ver por las estrechas ventanuelas aquel colmenar de cabezas humanas: ocho mujeres encintadas, emplumadas, como un harem en viaje!... ¡Y qué carga para los caballos arrastrar aquel mundo, y para el cochero, hacer moverse aquellas bestias! De pie, con el látigo en gira furiosa, no lograba el auriga poner la familia en movimiento hacia la estación.

Los ánimos comenzaron a inquietarse. Madame Raval decía:

—¡Si nous allions rester!

Las muchachas devoraban su angustia en secreto; Mr. Raval golpeaba las manos y se burlaba del cochero, quien refunfunaba entre dientes:

—¡Pa esta carga no se monta en coche, sino en carreta y con diez yuntas de güeyel!...

Y después de grandes esfuerzos de los escuálidos caballos, el carricoche partió al fin, dando tumbos por los peñascales y hoyos del camino...

III

Después de un viaje lleno de accidentes, en que las niñas se envolvieron la cabeza con pañuelos para defender las ondulaciones del tocado, e hicieron esfuerzos inauditos para defender las pinturas y no llegar como monos, tuvieron el desencanto de no encontrar en la estación a las personas que esperaban. No sabían que en los días de fiesta hay varios trenes de excursión y que los amigos podían tomar otro cualquiera y llegar a Lollole con poca diferencia.

En el tren los esposos Raval se sentaron juntos, mientras las

niñas permanecían de pie entre el gentío que se apretujaba en el pasillo central, sofocadas por el calor y agobiadas por el polvo y el aire viciado. Las dos mayores disimulaban con dificultad el fastidio que les causaba la deserción de sus amigos y mostraban sus rostros irritados y molestos.

Pero Madame Raval sólo atendía al encanto que rebosaba su pobre espíritu en vacaciones:

—On va s'amuser—decía dando con el codo a su esposo, cada vez más penetrada de la dicha del paseo. Mr. Raval, mientras tanto, con su airecillo burlesco flechaba a una robusta dama de toilette pimpante y de magníficas fortificaciones que casi hacía estallar las sólidas costuras de su *tailleur*; el ayuno campesino y las escaseses de su esposa, habían hecho a Mr. Raval muy sensible a esos monumentos animados. La carne hinchada y rebosante, las bocas sanguíneas y jugosas, las pantorrillas blandas, le ponían ternura en el corazón y alegría inconsciente en el espíritu.

La facilidad emotiva de Mme. Raval, encontraba amplio pábulo en la contemplación del paisaje. Ya desaparecía la vegetación de la llanura fértil; la esterilidad de las playas se anunciaba en la tierra seca, amarillenta y rocallosa, en las quebradas profundas que salvaba el tren por puentes y acueductos. Todo enternecía a Mme. Raval, el horror a los abismos y el aspecto del terreno, y sobre todo, *la senteur de la mer*, que ella percibiera antes que nadie. Dilataba el pecho seco y sus formas escuálidas para recibir el potente soplo del mar como un hálito sagrado.

Monsieur Raval, ocupado en flechar a su «beldad», espiaba el momento de hablarle. Un saco que rodó de la red le dió ocasión para prestarle un primer servicio que hizo rasgarse para él en efusivas palabras de agradecimiento aquellos labios que excitaban su apetito viril. Muy pronto Mr. Raval logró preguntarle a dónde iba, interesarse por su persona y darle a Mme. Raval ocasión de desatar su lengua hinchada de entusiasmo ante la novedad de las sensaciones que disfrutaba.

El alborozo de la pobre señora no tuvo límites cuando divisó el mar.

—Regarde, regarde la mer!—exclamaba. Quería que todos mirasen y no podía levantar a los otros al diapasón de su entusiasmo.

El océano, en efecto, resplandecía en un azul magnífico y la dilatada playa estaba batida, lamida por un oleaje que se arrollaba y desenvolvía furioso.

El tren se detuvo en la pequeña estación de Llolleo y la familia Raval salió de la estufa mal oliente del vagón para encaminarse en pintoresca caravana hacia el mar próximo. Junto al agua tomaron posesión de la playa, cayendo Mme. Raval con toda fruición sobre la arena blanda y tibia que la recibía como una cuna. La sorpresa de Mme. Raval no tuvo límites cuando don Acario y el señor Bahamondes vinieron a ofrecerle sus respetos y a proponerle aceptar la carpa que tenían izada como una barca con su velamen al viento en medio de la extensión de la arena. ¡Qué feliz casualidad les había proporcionado la suerte de encontrar allí a tan buenos amigos! Las niñas también se mostraron dulce y agradablemente sorprendidas.

Comenzaba a soplar un viento huracanado, de manera que la carpa blanca fué para ellos como la salvación de un naufragio.

La señora no tardó en comunicar a sus amigos que era el día de su santo y que venía a celebrarse; pero ellos, ¿cómo habían tenido tan buena idea?

—Un capricho, señora—decía don Acario, muy gordo, ventripotente, con la lengua torpe y los ojos brillantes.

Bahamondes,—más dueño de sí, porque la satisfacción de su deseo era a plazo más largo,—refirió que esta excursión debió hacerse el domingo pasado, y que un imprevisto la había hecho fracasar, para mayor satisfacción, ya que eso les había permitido encontrarlas.

La amplia y regocijante Pastoriza, que era el nombre de la dama descubierta por Mr. Raval en el tren, tomó colocación en la playa con su «troupe», a pocos pasos de la carpa. La acompañaban una vieja, una muchacha joven y dos mozuelos. Mr. Raval no la perdía de vista.

Madame observó luego que aquella costa no era de frecuen-

tación aristocrática como ella suponía por la proximidad a la capital. Habría querido observar los progresos de la moda en las damas de distinción y no encontraba más que caricaturas. Había oído decir que se usaban *les corsages souples* y la gorda del tren se reventaba dentro de una coraza... Ella que temía no estar bastante *chic* y aparecer *en retard*, ahora se complacía en su persona y admiraba más que nunca la distinción de sus hijas. Y hasta alcanzó a insinuar a Mr. Raval por si no lo notara:

—¡Quelle difference de race! Tu vois, nos filles sont vraiment distinguées!

En el grupo de Pastoriza se disponían a fotografiarse. La vieja se quitó la capota; sus crenchas grises volaron desordenadas descubriendo un cráneo empobrecido que dejaba ver a grandes trechos la cutis seca y amarillenta. Los muchachones comían *sandwiches* con voracidad de buitres, a groseras mascadas, que les inflaban los carrillos. Pastoriza tomaba actitudes de retrato; clavaba los ojos en la atmósfera y hacía esfuerzos desesperados para afianzar las ondulaciones rebeldes. Disponía los pliegues de su vestido, pero la ventolera arremolinaba todo y ponía el cuadro en desorden. La muchacha decía a la vieja:

—Tía, yo quiero retratarme en traje de baño.

Y desdoblaba un paquete de diario en que aparecía una vieja y sucia camisa de dormir destinada a mostrar aquellas recónditas bellezas que clausuraba el vestido corto y ajustado como funda.

IV

Raval solicitó de los señores permiso para invitar a la familia del lado, bajo la carpa. Los galanes querían juntar mucha gente, porque a río revuelto... y aceptaron gustosos. Mme. Raval no fué consultada y sintió que aquella sociedad no era digna de ellas.

Todos los *cocaví* pasaron a ser bienes comunes. Y la rica chicha baya de los recién invitados se mezcló con el buen chacolí de Mr. Raval y con las tisanas de don Acario, nivelando en la

alegría de aquel día de sol, de cielo y de mar, las clases distintas, las naciones opuestas y los intereses comunes.

Se comía y se bebía copiosamente. El Indio preparaba en un fueguito que había hecho tras las casuchas del baño, los manjares, perdices, codornices, patos y trozos de cordero y cubría con la salsa de mayonesa que trajera preparada, las abundantes conservas de don Acario. La otra familia ofrecía empanadas y chanco arrollado. Con aquellos víveres había para pasar muchos días de jolgorio al aire libre.

Mme. Raval quiso levantarse un momento para estirar las piernas; pero estaba incrustada en la arena y costó esfuerzos rudos para levantar sus huesos del regazo de la tierra. En cambio, las muchachas saltaban como pajaritos. Marie tenía cuidado de besar apenas las copas, y hacía signos por lo bajo a las hermanas para que no se excediesen. Le iba en ello la conquista de un sacramento que se hace cada vez de recepción más difícil, debido a las facilidades que las mujeres torpes dan al hombre para que se pasen sin él.

La carpa, inflada por el huracán furioso que encrespaba las olas y amenazaba levantar todas las tiendas alzadas sobre la arena, hizo que el grupo buscase refugio tras las casuchas de baños.

El almuerzo fué opíparo y bien rociado de vinos generosos. *On gocait décidément!* cumpliéndose el deseo de Mme. Raval, que, por ironía del destino, era en aquellos momentos la hostia propiciatoria. El consorte bebía y requebraba tan sin embozo a Pastoriza, que ella sentía a través de los efectos del alcohol, unos celos tristes, pero dulces, de heroína de romance que se siente víctima de injusto atropello...

—Jean, tu vas être emporté!—le decía mimosamente.

No se sabía a punto fijo si la dama gorda o el alcohol generoso iban a disponer de la gallardía del jefe de la familia.

El espíritu de vino hacía efectos diversos en las personas. Mme. Raval se volvía más consciente de su dignidad y erguía su cuerpo y estiraba su boca de sapo, con la mayor rigidez posible. El vino la ponía en tensión, tanto como relajaba los músculos y las actitudes de su media naranja. Como buen fran-

cés, y para colmo, bordelés y enamorado, Raval se hacía galante, chocaba las copas y metía las puntas de sus atuzados bigotes por los ojos grandes, dilatados y bovinos de Pastoriza. La vieja daba conversación a Mme. Raval: temas graves y tratados con seriedad indígena; procuraba aparecer muy seria en tan buena compañía y con la embriaguez que cundía y embrollaba las ideas en su cabeza débil, mayor importancia daba a todas las cosas.

Don Acario se deshacía en mieles con Sophie. En cada mirada parecía abrazarla y besarla. La lengua se le volvía de trapo y sus ojos expresaban todo lo que callaba.

Los dos muchachones comían como si hubieran ayunado un año y poco caso hacían de las niñas jóvenes. Estas aprovechaban de beber bien, en posturas cómodas, y se dejaban llevar por la dulce molicie y la vaga ensoñación que la abundante bebida hacía brotar en sus mentes vacías.

Bahamondes pretendía ser muy fino, muy moderado, estar a la altura de la distinción de Marie, y para esto callaba, la miraba y se hacía obsequioso y previsor.

El entusiasmo había llegado a un punto que pedía música, canto, palmoteo y cueca. Raval y Pastoriza rompieron el fuego en una danza bien zapateada. Madame sentir cundir su entusiasmo por la gracia ondulante y provocativa del esposo. No podía reclamar de tantas demostraciones, por muy provocativas e intencionadas que fuesen, porque éstas entraban en el protocolo del baile popular. Los ojillos de Raval relampagueaban, su vocecilla pastosa y chillona se hacía más canalla y su boca procaz se volvía más groseramente sensual. Ante aquellas pioletas, Madame, bien bebida, casi desmayaba de un deseo de goces más íntimos que los ya disfrutados en aquel día de su fiesta.

Pastoriza, a pesar de su enorme peso, giraba rápida sobre unas pantorrillas parejas como corontas de choclo, y sus carnes se remecían, a pesar de la opresión del corsé, en temblores de gelatina. La respiración se le hacía violenta con aquellas protuberancias lanzadas hacia la garganta.

A cada figura de la cueca se daba a los danzantes un gran vaso de chicha que sorbían con dignidad, como quien cumple un rito sagrado.

—«*A la santé des vos chairs rebondissantes*»,—exclamó monsieur Raval, enardecido ante aquellas opulencias y no hallando expresiones más fuertes que las de su lengua nativa.

Ella, lustrosa de sudor, encendida y muy seria, continuaba girando movida por invisibles resortes.

Poco después continuaron las niñas el repertorio de sus gracias. Marie y Sophie, después de hacerse mucho de rogar, lo que para ellas entraba en el buen tono, cantaron a secas la *Batele-1a*. Las dos de pie, como sobre el tablado de un teatro, avanzaban, accionaban, y hacían una pantomima que la madre contemplaba alborazada como ante el más estupendo prodigio de arte.

El corazón de Bahamondes se derretía en presencia de tanta gracia que iba a ser suya, y don Acario, de puro reblandecimiento amoroso, casi se liquidaba todo entero en miel. También él quiso declamar en aquella lengua que lo sacaba de quicio por la dulzura de su acento. Y así, tartamudeando, comenzó una composición que aprendiera en el colegio y que pronunciaba como gérigonza: «*L'eternel est son nom, le monde est son ouvrage*». El mismo no sabía lo que decía, pero se entonaba a más y mejor, accionando con menos propiedad que don Cristóbal en el guignol. La fiebre danzante y artística se calmó en fuerza de las nuevas copas que empinaban a cada paso.

Vino otra faz del proceso: la somnolencia de los que debían guardar forzada o voluntaria castidad y el irresistible ímpetu amoroso de los que podían ser incontinentes. Mucho movimiento de grupos. Los hombres salían primero, como urgidos por necesidades apremiantes. Las mujeres los seguían. Se perdían de vista unos de otros y después las parejas se rehacían detrás o adentro de las casuchas de los baños. Y Morfeo, Dios que prepara los descuidos que deben preceder a las caricias de Venus, cayó pesadamente sobre Mme. Raval que, a lo mejor, con su cabeza de pollo, perdió conciencia, se adormeció, vió oscuro y no supo más de lo que le rodeaba. Aquel sueño del des-

tino sirvió de manto protector a las parejas empujadas por irresistible deseo de soledad.

Sólo Marie se supo mantener en *vrai jeune fille*, a campo raso, dándose leves y virginales besos, primicias adorables que Bahamondes saboreaba agradecido. Pediría en breve su blanca mano ya que el corazón le había sido generosamente otorgado a la primera mirada.

V

Pasada la fiebre amorosa, Mr. Raval sintió furia contra su compañera, quien le representaba de golpe ese elemento popular que tanto le hastiaba en el personal que dirigía en los Quillayes—ese maldito pueblo chileno, grosero, hipócrita, de perversidad indígena.—Mientras Pastoriza se reposaba, él la odiaba. Estas mujeres sólo podían satisfacer el más vulgar deseo, pero ¡qué falta de esa gracia francesa del gesto, del *petit œil de cochon* picaruelo! Ahora Mr. Raval, presa del calor y de la rabia, sólo quería salir de aquella infernal casucha. Miraba por las hendiduras, a fin de no ser atrapado a la salida, y pudo así escurrirse con toda impunidad, con la cabeza que le ardía y las piernas debilitadas como un convaleciente que se alza del lecho. Pastoriza salió también, con el pelo enmarañado y la ropa en desorden, sudorosa y anhelante.

Las viejas dormían, las muchachas tomaban actitudes honestas. La cabeza de Raval no daba para reparar en la desaparición de Sophie y en el eclipse de don Acario. El mar rugía enfurecido, batido por el huracán de viento. Las olas se desenvolvían estrepitosas y lamían la playa en encajes espumosos. Las olas rugientes formaban un ruido casi uniforme de fragor de batalla con su rumoreo continuo. La extensión del mar azul incitaba a sumergirse, con vértigo de abismo, en el calor de aquel terrible día. Monsieur Jean sentía renacer el patriotismo en su pecho, necesidad de discutir, de proclamar la gloria de Francia y de probar sus bríos de francés que no había ido a la guerra, pero que se batiría con el Océano Pacífico como si fuera con los «boches». El calor lo impulsaba a bañarse, la furia del mar lo incitaba a la lucha. Don Acario apareció jadeante,



APUNTE.

Agua fuerte original
de Vargas Rozas.

(Mencion honrosa en el
Salon de este año)



A. RODIN.

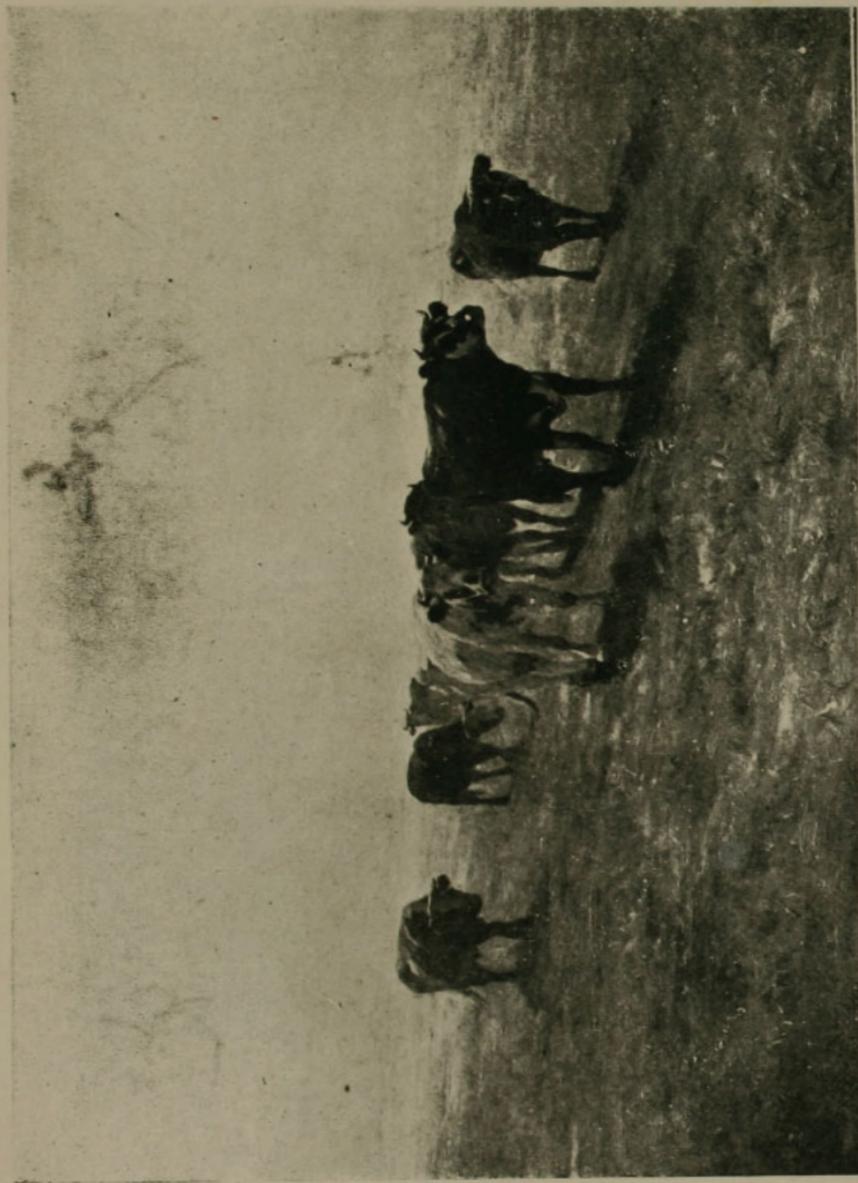
Maquette para un monumento a D. Patricio Lynch de propiedad de la Sra. Luisa Lynch de G.



A. RODIN.

"L'IRREPARABLE"

En mármol, propiedad de
la Sra. L. Lynch de G.



R. CORREA.

Al caer la Tarde

con su enorme vientre que le caía sobre las piernas, la boca entreabierta, los bigotes lacios, las cejas espesas y revueltas, los ojos medio cerrados. Al fin Raval encontró un contendor. Siempre sospechaba a don Acario de simpatías alemanas, pero la fiebre patrioterica del viñatero sólo hervía con los efluvios del alcohol. Raval lo tomó de los hombros.

—Vous ne parierez pas sur Constantinople?

Nada podía apostar don Acario porque no entendía. «*Cerrar apuesta sobre Constantinopla*», decía Raval con los ojos chispeantes y las puntas de los bigotes apuntadas como lanzas. Desde el principio de la guerra, Raval cerraba toda clase de apuestas sobre esa presunta caída de la antigua Bizancio, que para él debía ser la conquista de todos los harems; pero el tiempo pasaba y amenazaba convertir a sus hijas en odaliscas antes que Constantinopla enarbolase el pabellón francés.

—¿A qué no se baña usted conmigo?—le propuso después.

Don Acario necesitaba ser obsequioso. Y sin más trámite, con servilletas atadas a la cintura en lugar de sacos de baño, los dos hombres, cayendo y levantando sobre las sinuosidades de la arena, arremetieron contra las olas, les sacaron lance... Raval desafiaba.

Pastoriza, que los veía, encontró brillante la oportunidad para su proyectado baño de mar. Se desnudó. Sus aprisionadas formas entraron en huelga, se puso aquella camisa que dejaba a la vista sus fornidos brazos, piernas y bien modelados senos. Y todos marcharon a la conquista del mar.

Las muchachas, con sus gritos, despertaron a las señoras.

Marie no quería mirar a su padre por sentirlo tan ridículo, pero el temor que pudiera sucederle algo, hizo que se aproximase a la playa con Bahamondes.

—*Père, prends garde!*

Raval nada oía; el ruido ensordecedor, los bríos de que se sentía animado, el calor, lo hacían tirarse en el pérfido elemento como sobre un lecho delicioso. Creía que aquel espacio azul brillante, que aquellas crestas blancas, eran las cúpulas doradas de Constantinopla, y ciego, inconsciente del peligro, perdió pie, las olas lo envolvieron y pronto desapareció, reapareció más

lejos manoteando desesperado. Otra y otra ola lo arrastraron hacia adentro más y más.

Creyeron al principio que nadaba, pero luego los espectadores se convencieron de que el mar lo llevaba. Don Acario lanzaba imprecaciones desesperadas. Pastoriza, con la camisa pegada a la cutis que mostraba su amplia carne sonrosada, gritaba y levantaba los brazos. Se juntó mucha gente, tiraron cordeles. Madame Raval corría sobre la playa, desaforada. Las hijas lloraban. Los curiosos daban consejos. Sólo después de grandes esfuerzos se logró salvar a Mr. Raval.

Cuando las olas tiraron el cuerpo sobre la playa, Raval estaba desvanecido. Las respiraciones artificiales permitieron exhibir aquel pobre despojo ante la mujer desolada que lo abrazaba.

—Mon Jean, mon pauvre Jean!

Las hijas gemían y los hombres las consolaban.

Sobre aquel cuadro, a medida que Mr. Raval abría lentamente los ojos, caía una tarde idílica. El cielo estaba decorado de palacios de oro, un soberbio abanico de ámbar mostraba la tumba del sol y en lontananza refulgían los horizontes con brillos insólitos. El huracán se había calmado y la noche comenzaba serena y magnífica!

IRIS.

Santiago, 1917.

EL DESNUDO EN LA PINTURA

Para Armando Donoso.

Valenzuela Puelma.—Náyade.

Museo de Bellas Artes.

Indefinible, pero no desvanecida aún por el olvido, llevo en mí la delicia de la mañana en que admiré, por vez primera, una pinta floral serena y nívea. ¿Por qué fina y secreta afinidad me sentí saturado de esa flor? Tímida y tenue, su pureza ponía en los verdes húmedos y oscuros del follaje no sé qué chispa de desnudez. Y algo de su alboreo debió de corresponder a mis imprecisas ansiedades de blancura, cuando mucho después, pero niño aun, me sentí poseído por la misma alegría que me detuvo frente a su corola, ante las imágenes que el poeta de los idilios griegos me mostró en las selvas penumbrosas: las deidades de las aguas y de los árboles.

La idealidad de ese minuto matutino ha persistido tan viva en mí, que cuando deseé reposar la mirada en un desnudo, no pude detenerla en el que se ofrecía mustio, consumido por el pensamiento, devorado por sus fuegos morbosos, sino que busqué el risueño, el que me indujese al análisis de sus líneas y palideces antes que al estudio de la idea que simboliza o del estado anímico que insinúa, el entrevisto en los poemas o, ilusoriamente, en el fondo de los bosques. Pues si éstos no tienen ya el misterio temido por los que vieron en las fibras de las

ramas perfiles, y gestos en las arrugas de los troncos, aun guardan el prestigio que suscita, en el poeta, un escalofrío de placer tan fino y puro como el sentido por la sensibilidad helénica únicamente, el despertado por las delicias órficas, el que reaviva, junto a los manantiales, la visión de las ninfas desnudas.

El sutil y sugestivo encanto de esas palideces ilusorias es tan poderoso que tal vez se debió a él, y no a preocupaciones de estilo, el que Valenzuela buscase, para la belleza que deseaba evocar, un desnudo que le permitiera, por su impersonalidad, darle todos los caracteres de lo fabuloso y de lo real. Sí, unir el mito a la verdad, la supervivencia de la desnudez divina a la nieve de los cuerpos terrenos ha sido para mí su fin, pues la náyade evoca menos una visión exclusivamente legendaria que una síntesis de idealidades y recuerdos. Evocado así, su cuerpo suple lo que el genio poético de los antiguos inmortalizó en la leyenda: la dichosa fatalidad de ver una ninfa desnuda. Es castigo, es exponerse a la venganza de los dioses ver desnuda a una ninfa, canta Propercio, y en su voz elegíaca parece temblar el recuerdo de las blancuras de Cintia. Frente a la de este lienzo caigo en la culpa de la leyenda; su desnudez me persigue; tiene mucho de la fatalidad temida por el poeta latino; seduce, obsede. Quien la ve no la olvida, no la puede olvidar, porque su belleza envuelve en una caricia casi martirizante por lo indefinida y múltiple; una caricia que viene de aquí y de allí, de la melodía de la línea, de las divagaciones del color... Ved: en el frío y mustio césped de un claro de bosque, azulado por el reflejo del cielo, la ninfa, tendida al borde de un estanque, deja caer un brazo sobre el agua verde clara, y sueña, fatigada por la luz. Es estío. Sus labios sonríen; sus cabellos se desparrraman. Y su vida, llena de la alegría originaria de la naturaleza, la une al descenso de la tarde enlazando la palidez del cuerpo desnudo al frío de los tonos celestes, y sus calideces,—las sienes y las lacas de sus penumbras modeladoras,—a los cromos del confín, rojizos, tras los árboles lejanos, tostados por el sol.

*
* *

En el silencio de este minuto idílico, el fondo de la selva se obscurece; pero la ninfa está allí. Su palidez se deslíe, como efluvio, en el aire gris azulado; es una palidez producida tanto casi por el efecto luminoso de las pastas, como por las disoluciones psicológicas de su tonalidad risueña y clara; es una luz tan indefinida y leve que, al verla, me doy a seguir la suave melodía con que aun sus tonos más indecisos suben y divagan por la espesura, aéreos y trémulos, como si fuesen la resonancia, los armónicos del desnudo. Es algo que se desliza por la yerba o se detiene en la rama, sin desnaturalizarse en la silenciosa disolución de ningún matiz; una semiclaridad que se desenvuelve dentro de una siempre justa correspondencia con la blancura de la náyade; es el aroma de sus blancuras en flor. Al seguir sus sutiles desvanecimientos, al verla eterizarse en el aire, desvanecerse en los rincones oscuros y caer, como residuo de pálidas y misteriosas emanaciones, sobre el borde de las piedras y los nudos de los troncos, me pierdo en la vida interior de la selva, en sus translucideces que afinan el carácter de las cosas; que muestran sus líneas furtivas, sus coloraciones ocultas. Se diría que es algo ideal, un ensueño lo que va por el ambiente; una transparencia de valores ideológicos neutros, que no tiene en su penumbra la viveza necesaria para suscitar obscuridad más risueña que triste, semejante al claro oscuro vinciano, que naturaliza la sombra, ni los elementos morales precisos para convertir su claridad en ideas, como el claro oscuro rembrandtesco, que espiritualiza la luz. Su belleza está lejos de esos dos modos interpretativos; es aereidad de leves coloraciones grises; ambiente de bosque. Al internarme en su vaguedad esclarecida por la fineza con que el artista diversificó los tonos verdiazulados de las folias, para dar vida y aliento a los árboles, me entrego al hechizo de la materia inocente; la que sueña, no la que lucha, la que sonrío en el lis, no la que se arrastra en el áspid. Su vida, disuelta en el efluvio de las yerbas odoríferas, en el vaho de las germinaciones, corresponde a la vida de la

náyade. Hay indicios de no sé qué intimismo acariciador entre sus grises gamas vegetales y las ardientes del desnudo. Es algo casi indiscernible, pero que, al penetrarlo en toda su amplitud, da la suave impresión de que aun los más rudos elementos de la selva,—los pedriscos, las marañas, los troncos,—esconden sus rasgos indicadores de fuerzas ásperas, para definirse, enlazados como por intento de caricia, en un aspecto dulce, de blanda bondad terrena.

Estas exquisiteces se deben a la luz. Si a veces, al deslizarse por el fugitivo lineamiento de un desnudo, ella se retrae en una especie de timidez expresiva, en algo de pudor que atenúa los amarillos y apaga los rosas de la carne, en torno de esta imagen. El temblor de algunas de sus partículas, de las que no han sentido la epidermis risueña,—las que vibran en el reflejo de la folia, de las piedras, del agua,—tiene la trémula indecisión de la mariposa que duda, atraída por la flor; parece temer el contacto de lo vivo, pero anima, sin embargo, a la náyade con alegría sutil y voluptuosa. Su ritmo es comienzo de vértigo. Admiro, siento, comparo. Mas, después de un instante de ensueño, vuelvo a la ninfa, y al distinguir los matices de la faz, al escurrirme por el hombro, la cintura, las rodillas, me detengo en los tonos más ígneos, en la región pelviana, en la penumbra producida por el vientre. ¿Es capricho del pincel, efecto de la realidad o gallardía del sentimiento interpretador? ¿Por qué si no hay en la atmósfera más que un gris azulado, frío, se hunde esa penumbra con entonación tan ardiente y tostada? Aunque la cavidad ilíaca es la parte en que la piel aparece, más visiblemente que en otros puntos, quemada por las combustiones vitales, ¿no habrá oculto intento del artista en este modo de avivar la flavescencia misteriosa, de enaltecer, con significado de símbolo, el fuego de los sienas y de las lacas? La pupila, enardecida, busca para refrescarse el agua esmeraldina o la sombra del follaje, pero la luz, que vibra y ansía, la seduce nuevamente. Su levedad es caricia que, para ceñir el cuerpo de la náyade, caída allí sin más vida moral que el candor de su blancura,—su languidez es de nelumbo, su ensueño de ola,—se di-

suelve en tonos delicados y vivos; se azula en el pasto, junto a la nieve de los pechos y se enrojece en el aire, sobre la pulpa de los labios. Bajo su influencia, el desnudo es una de las palideces en que, como en el lirio y el astro, se consume la floralidad eterna de las cosas.

Pero nó; su vida sugiere la idea de que el intento del artista ha sido definir una belleza real, avivada tanto en la línea como en el colorido, más por efectivas sensaciones placenteras, que por el recuerdo de las figuras clásicas. Hay que buscar el secreto de la belleza por la verdad, decía Ingres. A pesar de la reminiscencia davídica de su línea y del parecido de su composición con la de un lienzo de Tixier, su belleza es evocativa de la dulzura con que se sigue un delineamiento corporal vivo; es una melodía táctil que me lleva del recuerdo a la sensación. Y lo mismo su actitud. Tradicionalmente, las ninfas, en pintura, vierten agua de un ánfora; mas, como eran deidades de los ríos, de las grutas, de las selvas, el artista eligió, para acercarse a la vida, al movimiento, no la figura vulgar, la ninfa de la fuente, sino la del agua fugitiva, la de contorno flúido como el de la onda. Este perfil le era, además, necesario para romper la monotonía del dibujo constructivo del bosque,—de las rectas y las angulosas de los árboles,—con la evocación de las líneas rítmicas de la naturaleza, con la serpeada del río o la vagarosa de la nube. Lo eligió, pues, y lo utilizó de modo que no dispersa la unidad de la obra, ni la turba con nada extraño a su vida real. Sin apartarse del dibujo preciso, y de acuerdo con Puvis de Chavannes en que así como el reflejo ha de ceder a la luz en intensidad, la composición episódica ha de hacerlo en superficie a la sintética, hizo que el perfil de la ninfa y el de las ramas de la selva silenciosa aviven, sin alterar con sus incidencias el equilibrio del conjunto, la riqueza lineal del motivo pagano.

*
* *

Aunque este lienzo me sitúa frente a una visión en la que, para el artista vulgar, lo decorativo debería corresponder al espíritu de la figura temática, sus árboles no son las encinas o ci-

preses que cierran, tradicionalmente, el fondo de las visiones paisajísticas griegas. Sus finas y revueltas folias grises, agostadas por la luz, se inclinan con languidez de ternura en el frescor de la sombra, y sus troncos plumizos se agrupan con tan cierto selvático que, ante lo sencillo y natural de su ordenación, me olvido casi de su belleza, para admirar su verdad. No siempre dan los artistas, en el lienzo, espesuras de bosque tratadas con el sutil sentimiento de las fibras, con la exactitud botánica de las hojas y de las ramas, con que lo está la que sombrea este minuto de égloga. Antes, el árbol, desde el que la fe de los primitivos, temerosa de la tierra, limitó a vida inferior, esbozándolo apenas en el confín, hasta el elegido para enaltecer, por su grácil o robusta musculatura, el motivo idílico o trágico de una obra, era algo simple, sin individualidad, anónimo. ¿Qué prejuicio escolar, qué erróneo concepto de la naturaleza impedía reconocer la personalidad pictórica de este pino, de ese álamo, de aquel cedro? ¿Por qué prescindía el cuadro de lo que glorificaba ya el poema? En los decires populares se saludaba la vida del árbol; una balada enaltecía la belleza inconfundible de tal follaje; un verso latino imitaba el rumor de ciertas hojas; una leyenda decía la religiosidad de las encinas culturales; otra, loaba los robles heroicos. En el drama indio, en que una niña conversa con un madhaví en flor, o en la saga en que el bardo medioeval evoca la visión de una selva errante, el poema había reconocido la personalidad de los árboles. Sólo después, y muy poco a poco, la pintura la reconoció también y admitió sus distintos caracteres formales. Ese triunfo se debió, primero, al pintor naturalista que los percibió en la integridad de sus rasgos; luego, al anatomista que analizó desde el filamento de las hojas a la protuberancia de las raíces; en seguida, al soñador que, envolviéndolos en luz lírica, les dió alma y supuso, en la diversidad de sus verdes, la gama de sus emociones vegetales; y por último, al impresionista que los tomó en sus minutos vívidos, cuando, disueltos casi en la atmósfera trémula, vibran sus copas, orilladas de luces lilas, amarillentas, grises.

A pesar de no definirse en la plenitud de sus formas,—de algunos veo el tronco solamente,—los de este lienzo se delínean

individualizados por su estructura y color. Para que viviesen así, en el visible enlace de sus fibras y matices, el artista los animó con los más variados medios expresivos, con los grises claros de la corteza, con la multiplicidad confusa de las hojas cenicientas o cálidas, y con tan vivo y blando enlace de las ramas a los troncos, que las veo dibujarse como algo inherente a ellos, como un órgano, no como aditamento innecesario a su belleza. Y por ser así, definidos, por ese algo de inconfundible que los acerca a la fisonomía de los árboles de hoy, y que si no les da la individualidad trémula de los impresionistas, ni la musculosa de los ruysdaelianos, los aísla de los clásicos, tienen vida, no simplemente decorativa, sino personal, tanto casi como el desnudo, pues la mirada se hunde en el follaje o resbala por las cortezas con el mismo placer con que se desliza por el fugitivo lineamiento de la náyade. Además, por no estar modelados de acuerdo con ninguno de los viejos modos escolares, no rigen el balance de sus contornos por el equilibrio de las manchas de luz y de sombra únicamente: se levantan en bello desorden y enredados en tan confusa maraña que el artista se vió, de seguro, obligado a buscar las más sútiles valorizaciones lumínicas para no caer en la monotonía del color. Toda la parte de la selva que aduerme con la aereidad de su penumbra la palidez de la ninfa, es inefable melodización de verdes y de grises. No hay en ese enmarañamiento ni una pincelada equívoca, sucia, resultante del inexperto manejo de las pastas, del contacto borroso de los colores que se anulan; ni dos tonos que repitan un valor, ni dos claridades que se adelanten hacia un mismo término acompasando una misma distribución de obscuridades; todas se diversifican hasta lo inverosímil para entrelazar, con variedad y frescura, el tumulto de las hojas y de las ramas. Por la riqueza de su modo interpretativo de la selva, me persuado de que el artista la pintó, menos por decorativa, que por ser una realidad complementaria de la visión. Quiso, tal vez, mostrar que la vida de esa tarde idílica no ansiaba en la ninfa solamente, que ansiaba también en el pasto, en la espesura, en el agua. La selva fué algo más que el último término de un paisaje, y su penumbra

más que un medio de esclarecer el desnudo; fué la materia, el fondo eternal sobre que la vida dibuja sus ensueños, más efimeros que las figuraciones de la luz sobre la sombra. Por eso, al tratar el terreno, que por su impasibilidad ante el abrir y el agostarse de las cosas, es también un símbolo de la materia obscura, no lo hizo con el despeggo de quien se detiene en algo frío, de estructura inerte, sino con la vehemencia de quien quiere animar lo insensible, darle ansiedades de vida, y así consiguió que se evidencie tan enfervorizado en el sentimiento pánico del desnudo que lo veo sonreír en sus tonos azulosos y como ablandarse en el deseo de transformar en caricias sus más rudos ardores vegetales. Al admirarlo en este aspecto revelador de su significado mítico, siento que su vida, la fragancia de sus pastos y la humedad de sus oxidaciones creadoras, me impregna de no sabría decir qué delicadezas, anhelos o voluptuosidades oscuras.

*
* *

La ninfa sonríe... Frente a la línea de su realidad, resulta vano el intento de quien busca en el desnudo la belleza suprasensible. Esa línea parece detener todos los elementos ideales de la belleza corpórea, materializarlos, convertirlos en diseño vivo. En vez de estimular el desenvolvimiento de lo ilusorio, lo circunscribe al dibujo del cuerpo lánguido. Lo sugerido por la expresión no sale de la actitud morosa, la ilumina por dentro, la diafaniza. El espíritu de la náyade circula por ella, no como algo que, por esencial, reduce la carne a la deformidad ética que halló en ella la mirada de algún místico, sino como algo inherente a su blancura gozosa. Y no hay en esto perversidad, deleite que ensombrezca el corazón; hay un sentir noble, el que aprecia lo bello en sí, libre de las idealizaciones que lo deslíen en lo vago, el que estima lo que seduce no con la pureza de un alma, sino con la pureza de la línea y del color. La ninfa aparece, así, vestida de gracia; pero de la terrena, de la que viste la desnudez de la flor y de la ola.

¡Divinidad! ¡Divinidad! La ninfa reposa lánguida. Se diría que al deslizamiento de la línea, indefinida y fugaz, sonríe como

al paso de sutil y melodiosa caricia. Su cuerpo desfallece no como el de quien triunfa sobre el deseo, sino como el de un sér dominado por algo más fatal que el amor o el odio, por la materia. Lo que es, para nosotros, idealidad hacia donde huímos de lo que aun nos resta de lodo,—la ilusión, el ensueño,—es, para ella, alegría o dolor de sus manos, de sus ojos, de su carne. Su espíritu no ha ido nunca por entre las apariencias devorándolas con el fuego abstracto en que nos consumimos; ha vagado sin más vida que la del viento, ni más rumbo que el de la espuma. Por esto, sus tal vez excesivas morbideces la presentan en actitud que es, por su desplome, contraria a la de las figuras aéreas, casi incorpóreas, a las místicas, a la que no tienen ni indicios de lo que alienta en las creadas por la tierra. Su fatiga no es por el más allá; es por el sol. Parece que al sentirse rendida se ha tirado sobre el césped buscando la frescura y los aromas natales. Si no ¿qué espera allí? ¿Siente las dulzuras auditivas que escuchó el verso virgiliano? ¿Ha caído junto al agua después de agitar en los juegos su tirso de esmilax en flor? ¿Cansada de esquivarse a los ojos del sátiro que la persiguió, velludas las manos y empurpurados los labios por los frutos silvestres? ¿Atiende al dormirse de la luz, al sueño de las hojas? ¿Al grito del ciervo alcanzado en el bosque por los perros de Diana? ¿Al lejano y revuelto rumor de algún tropel de centauros?

Su actitud suscita en mí recuerdos de la vida pagana; pero los dejo morir, uno a uno, para no alejarme del lienzo. Quisiera reducir mi análisis a la niveidad de la figura, a su helenismo no marchitado por la tristeza romántica, a la desnudez de sus miembros caídos, pétalos de ninfea, junto al agua verde clara. Mas ¿a qué medio recurrir para que permanezca subjetivamente inmóvil, para que no insinúe nada; para que ni aun la reminiscencia de otro desnudo pueda turbar su candor? Por la agudez visiva, intensificada hasta detenerme, sin el más leve intento de fuga mental, en su imagen, podría, es cierto, concentrarme en ella, huir el vértigo de las analogías; pero sólo por un instante. Así, sabedor de que me será imposible mantener, limpia de todo sugerido o rememorado principio de similitud, la ima-

gen de la ninfa, me limito a percibir, de nuevo, los elementos de su vida terrena, los que la unen a la luz y al césped: a su palidez, por donde divaga el triunfo de las fuerzas que sonrían en los esplendores vivos; y a la suavidad de su línea, que huye de la ilusoria tentación de mis manos.

Sí, desde los dedos del pie visible, a la curva del hombro y a su vuelta por los brazos hasta perderse en la penumbra pelviana y reaparecer en la rodilla prominente y pálida, su lineamiento se desliza con fluidez tan vivificativa del desnudo que, al seguirlo en su desenvolverse, me seduce, ya me fije en uno de los detalles, en el vértice de los pechos, punto en que su dibujo se enciende, ya me detenga en alguna de las inflexiones del cuerpo, donde el color languidece o sonrío como en la pulpa de una corola nívea. Porque, a la verdad, la carne de esta ninfa, la más viva y real de cuantas ha interpretado la pintura chilena, es la plácida y blanda carnación de un nenúfar. El dibujo de sus palideces, de sus sinuosidades corporales está obtenido no por la línea, sino por la riqueza de sus siempre variados tonos luminosos y ardientes, por la melodía de los valores. Ellos son los que la muestran llena de ansiedad, y la plegan pesada y laxa, sobre las hierbas azulosas. Por ellos se ve que su vida es independiente del movimiento y de las actitudes y que, afinada su desnudez en dirección de la alegría, está sometida, como el agua a la más leve influencia de la luz, a la influencia de la sangre y de la tierra. Su vida la mantiene en toda la frescura de su verdad legendaria, ella impide que la influyan las ideas o las escuelas, que en su línea haya algo de la neoheleónica pureza de las carnes de Puvis; y en su colorido, algo de las carnes verdosas de Henner, de las ámbar y espuma de Sorolla o de las plateadas de Chaplin.

Su desnudez dice además, cómo en la naturaleza la intención aviva y colora: es cálida; evoca las gamas vegetales ardorosas, desde el amarillo de los trigos al oro de las frondas otoñales y al rojo de las viñas. La belleza de estas similitudes contribuye también a la vida real de la ninfa, la desdiviniza. Su mirada no es ya una chispa misteriosa. Sonríe, y su sonrisa se desparrama por la faz con tal riqueza de inflexiones expresivas que el blanco de

la frente y el grana de las mejillas, encendidos por la luz o apagados por la sombra de las folias, parecen reflejos no de la alegría de la náyade solamente, sino de la frescura del agua y de los ardores del horizonte. Sus ojos, en que tiembla una partícula del fuego originario de la vida, se enardecen, grandes y claros, sin nada de celeste ni de medroso, sin ensueños, sin ideas, sin nada más que los anhelos nupciales de la selva. Y a ellos se unen los labios. La instintiva sensualidad de la mujer, que asoma en la risueña pulpa de la boca, donde se consumen, como jugos y aromas, las ansiedades de la tierra, está visible en el sonriente poema de sus blancos y escarlatas. Al verla, al respirar su calidez húmeda, al sentir el calor de sus brasas animales, van por mí todas las seducciones de la naturaleza tibiamente dormida. Su aliento es el blando aliento de la espesura, de la ola morosa y de la tarde.

La delicia es fina y vasta. Semi-cerrados los ojos, la siento pasar como flúido que, emanado de algún germen vegetal, hubiera subido por las fibras y las yemas para envolverme en su vida. Me siento, como nunca en anteriores minutos vespertinos, transparente a la chispa que revela el alma de las cosas, al reflejo que se desliza como una de sus lágrimas, a la pinta que da el colorido de sus emociones furtivas. Todo me dice algo sutil, insinuativo de lo que germina ahí, en el misterio silvano; algo que es alegría y dolor; alegría, por ser una fuerza que se levanta ebria de nupcialidad, y dolor, porque en su tímido y blando subir está el principio de su agostamiento, de su nada. Su caricia me deslía en la luz, en sus descoloraciones sordas y tan leves, y tan vagas como el rumor que podría suponerse en la espesura por ser el instante en que abren sus corolas de niebla los dormidos ensueños del agua. Solo, alucinado, reteniendo apenas el grito de mi tortura gozosa, no me doy a ninguno de los prestigios del lienzo, ni a lo fugaz de la pincelada que disuelve en el aire tibieza, ni a la gracia de la que modela, con suaves curvas, las piernas de la ninfa, ni al desnudo de la que enrudece, con empastamiento generoso, la corteza de los árboles; no atiendo sino a vivir, a intensificar mi contacto con los fuegos sombríos del desnudo y de la tierra. Lo dilectivo visual

me embriaga; mas, al advertir que a pesar de mi intento principio a soñar, a disolverme en alma, me detengo, y así como la enredadera que aun florecida desciende a beber en la tierra la energía necesaria para una nueva ascensión, vuelco sobre la ninfa mis avideces de insaciado, a fin de que, después de deslizarse por su belleza desnuda, torneñ de nuevo a mí, enardecidas, una vez más, por su calidez, por el fuego de sus amarillos, polen de sus blancas floralidades animales.

MIGUEL LUIS ROCUANT.

Del libro inédito *Tierras y Cromos*.

DESDE LA SOLEDAD

Desde que se perdió en el horizonte,
llevando, como un manto, mis miradas,
no he dado un paso más en el sendero.

Si vuelve a estos caminos otoñales,
conocerá que, como en una fosa,
yo me he echado a morir en el recuerdo.

Y le diré:—«Maravillosos barcos,
bogando por los aires, me traían
la sutil pena del perfume tuyo.

Yo sabía de ti: nubes de encaje,
empapadas de azul, sobre los cielos
tus altos pensamientos dibujaban.

La última luz violeta conseguía
tender, sobre los cielos y la tierra,
la triste paz de una mirada tuya.

Y el viento de ignoradas lejanías,
al pasar junto a mí, leve y agudo,
era alma de mujer que sollozaba.

Y hubo momentos en que el universo
fué todo lumbre y música.—Sabía
que eran momentos en que recordabas...

Me has encontrado vigilante y solo,
porque, de no ir contigo,
la soledad es la única morada... »

Puede que nunca vuelva.
He sentido en el cielo de la noche
un desconcierto de las angustiadas.

Van, como aves que buscan, sus ensueños
y en la desolación de las llanuras
irán cayendo, muertos de otoñada.

No puedo detenerlos.
Rompiendo el cerco del dolor humano,
se va en ensueños su alma...

Vano sería que en su busca fuera.
Llevando como un manto mis miradas,
la vi fundirse con el horizonte.

Me dejó un sabor triste de plegaria
y, como hojas de rosa, los recuerdos
donde echarme a morir...

JORGE HÜBNER BEZANILLA.

UN POBRE DIABLO

Era, el tal, un pobrete de esos que no llaman la atención por cosa alguna, a no ser por lo desastrado de su talante, lo desmadejado del cuerpo, la lentitud en el andar y una como vejez anticipada y prematura, que no acertáramos a decir si se debía a las arrugas de su rostro apergaminado o a lo añejo y deformado de su indumentaria, manchada por muchos lodos y mojada por muchas lluvias. Flaco y encanijado de cuerpo, de mediana estatura, usaba luengas barbas, con lo que tenía cierta curiosísima traza de Cristo pobre, acrecentada por el dulce mirar de sus ojos negros, empapados en la mansedumbre humilde propia de bueyes rendidos por duro trabajo, al atardecer. Parecía gastado antes de dar ningún paso, como si su naturaleza tuviera resortes muelles y vencidos.

Sin necesidad de esfuerzos, ni de prolijas averiguaciones, ya se advertía cuál debiera ser su historia, si cabe llamar historia la vida humilde de un hombre que se había deslizado silencioso al través de la estepa solitaria del Universo, sin dejar huella, sin meter ruido, sin hacer cosa de provecho, sin señalarse entre los demás hombres ni por sus ambiciones ni por sus altos hechos, ni por su suerte, ni por su figura, ni por su ingenio. Mas, si era uno de tantos, no por eso era un ser vulgar, pues había en él una nota enteramente personal y característica.

Más de una vez le contemplé curiosamente, de reojo, al verle

sentarse en el mismo banco de la Alameda en el cual de ordinario me sentaba, cansado ya de mis paseos hasta la Estación Central de los Ferrocarriles. En cambio, él nunca paró mientes en mí; advertí que su mirada se perdía a lo lejos, incierta, incolora, con la misma expresión de cansancio y dejadez que se advertía en su tardo paso.

¿Quién era? Nadie lo sabía, ni a nadie le importaba averiguarlo, mas llegó a mi conocimiento por una de esas casualidades impensadas que se dan con frecuencia. Un amigo mío le saludó al pasar, y respondiendo a mis interrogaciones, me expresó que era copista en una notaría de provincia, a donde le llevara la necesidad de estudiar escrituras para un litigio que tenía entre manos. Allí los otros escribientes le tomaban el pelo, llamándole, a voces, «Don Casto». Su verdadero nombre era Calixto Celada, y parecía lo que se llama un pobre diablo...

Poco se sabía de él, ni de sus padres, pues le tenían como hijo de una mujer ordinaria y de padre anónimo. Era un tanto perezoso y de ánimo distraído, aun cuando de buena pasta, y asiduo en concurrir a la oficina. Más no me dijeron, ni me importaba saberlo.

Mientras mi amigo hablaba, desfilaban delante de nosotros las muchachas elegantes que concurren a esa hora de paseo. Destacábanse las siluetas finas, los trajes de tonos claros, vestidos y zapatitos blancos, ojos negros, cuellos delicados: toda una primavera encantadora que parecía completar la verdura dorada del follaje, la frescura del aire, la transparencia de la atmósfera. Los automóviles pasaban por las calles laterales haciendo zumbar sus máquinas y resonar las bocinas, dando traza moderna al paisaje, mientras un enjambre de mujeres salía de la iglesia de San Vicente, y su vista ponía en el alma como un retoque de suave reposo. La muchedumbre pasaba delante de nuestro banco, hombres atareados de rápido andar, niños con libros debajo del brazo, jóvenes, hombres del pueblo, ayas inglesas con amplias cofias, acompañadas de chicos y de perros de raza.

Y el tipo aquel, don³Calixto, continuaba sentado en un banco cercano del nuestro, perdida la¹ mirada en lejanías vagas,

como si buscara, en vano, algo que no aparecía. No nos preocupamos más de él, distraídos por la aparición radiante de una muchacha encantadora, Pepita Aliaga, tan celebrada en los saraos santiaguinos, en los cuales bailaba de manera exquisita, el tango, primero, y luego el *Fox-trot* y el *Exitation*. Su cabellera rubia formaba como un nimbo de oro a sus ojos negros, rasgados, y sus dientes albos resaltaban frescos sobre su boca pequeña y roja, desprendiéndose de su persona toda, el perfume exquisito de su gracia. Mi amigo, entusiasmado, y en pleno «flirt», se le reunió, y luego, en compañía de la Miss, se perdieron entre la multitud.

Pasaron los meses, la vida prosiguió su curso como de costumbre, y después de vivir encerrado algún tiempo, dado por completo a mis estudios, me recibí de Doctor en Medicina y Cirugía, para servir a ustedes. Dejaron de llamarme Manuel, como antes, y pasé a Doctor Zeballos, ayudante de clínica en San Borja, en espera de clientela que no se apresuraba. Mi sala de espera se hallaba vacía, salvo uno que otro pobrete y algún amigo que no me pagaba, por cierto, y que todavía creía hacerme gran favor con su presencia y la prueba de confianza que me daba.

Recuerdo que uno de los primeros llamados que tuve fué a la casa de pensión de doña Sinforosa Gallegos, en la calle de Carreras, cerca del Parque. Lleváronme a una pieza del segundo patio en donde estaba el enfermo. No había sino un pedazo de alfombra raída, en el centro, con una mesa, un par de sillas de Viena, un ropero sin espejo, lavatorio de madera pintado de negro y un catre de hierro. No fué poca mi sorpresa al hallarme con el pobre diablo con cara de Cristo pobre. Su temperatura era muy alta y había pasado la noche delirando. Pareciome, a primera vista, que se trataba de pulmonía, nada menos. Al tomarle el pulso noté en su mirada, que parecía reconocerme. Le puse termómetro, y mientras aguardaba, mi vista cayó maquinalmente sobre la pared, tapizada de grabados, de periódicos ilustrados y con retratos de rostros desveídos, amarillentos algunos, de viejos retratos con trajes pasados de moda, fotografías de provincias, una señora gorda,

de manto, un señor, con sombrero de copa, sentado en el fondo de una barca, y con bastón y guantes en la mano, un niño en traje de primera comunión y otras cosas por el estilo. Pero, lo que despertó mi curiosidad de manera extraña, fué ver, en medio de todos ellos, un hermosísimo retrato de Pepita Aliaga, tomado de alguna revista, y colocado en marco. ¿Qué hacía en semejante lugar ese retrato?

Retiré el termómetro, le formulé varias preguntas que me contestó con voz tranquila y metal de bajo cantante, en tono sencillo, suprimiendo los finales de las palabras, al hablar en tono rápido, como suele hacerse en provincia.—«Disculpe la pobreza... soy corrector de pruebas... y estoy de pára con la enfermedad... no puedo vivir en palacio... cada cual se arregla con lo que Dios le ayuda... no ando muy boyante ahora... y con esta enfermedad... otra te pego».—Traté de alentarle con buenos modos, y mientras escribía la receta sobre la mesa que no estaba muy firme, quise adivinar, en vano, qué hacía en aquella pieza el retrato de Pepita. ¿Dónde la había conocido? ¿Qué hacía en medio de tantos otros, recuerdos, sin duda, de familia? Mi pensamiento, con la rapidez del relámpago se hundió en conjeturas, formando dramas y forjando todo género de fantasías y de suposiciones aventuradas y románticas. Luego, haciéndome el distraído, me puse a dar vueltas entre las manos un libro, y me encaré con él:

—¿Conoce usted a esa señorita?

Vi que enrojecía hasta la raíz del pelo.

—Jamás he hablado con ella,—contestó sencillamente, bajando la vista.

Abrí el libro, eran las poesías de Enrique Heine.

«—Por lo visto usted es aficionado a los versos.»

«—Sí, a los de Heine... me los sé de corrido... escuche usted...»:

Y se puso a recitarme con voz cobriza y apagada:

«Tu mano apoya contra el pecho mío;
 «¿Oyes de un rudo golpe la inquietud?...
 «Es que hay adentro un carpintero impío
 «Que labra mi ataúd...»

«Y no cesa un instante el golpe fiero,
«Y en vano intento al sueño recurrir...
«Acaba!... acaba pronto, carpintero,
«Y déjame dormir!»

En mi condición de médico, acostumbrado a lidiar con realidades, males y podredumbres, no soy muy dado a versos, pero hago una excepción para poetas como Heine y Musset. Ahora bien, fuerza me será confesar que antes de aquel momento, no le conocía, a pesar de haberle oído recitar más de una vez. ¿Qué me pasaba?... Sentía que para comprenderle era menester una pieza enladrillada y pobre, con alfombra raída, muebles míseros y desastrados, el papel de las habitaciones desprendido por la humedad de las goteras, un traje pasado de moda sobre una silla desvencijada, obscuridad en la habitación destartada, la miseria en lo sórdido de su desnudez equívoca, transparentada hasta por la gruesa tinaja de la cual se desbordaba el agua en el patio, formando charcas fétidas, mientras la brisa de la tarde movía las ropas blancas tendidas en los terrenos baldíos del fondo, sobre cuerdas. Y en lo más íntimo de aquel cuadro sucio y triste, en el centro del grupo de retratos de la pared, la imagen radiante, elegantísima y fina de una bella muchacha a quien el pobre diablo conocía sino acaso de vista, con la cual nunca llegaría a cambiar dos palabras acaso, que encarnaba para él lo inaccesible, un ser de otro planeta, pero que lo iluminaba todo con la fuerza inmensa de las visiones interiores. Era algo que constituía acaso su felicidad y su desgracia. Era la Diosa... y era, también, el carpintero impío... que labra lentamente el ataúd...

*
* *

Trascurrió algún tiempo después de aquella escena, y ya le había dado de alta, como sano. Por cierto que ni le pasé cuenta, ni fué por casa en busca de ella, lo cual me tenía sin cuidado. Le tomaba como uno de tantos tipos raros que encontramos al volver de cada esquina, sin parar mientes en ellos. Así, gradual-

mente, se fué borrando de mi memoria tanto su figura como el recuerdo de su existencia.

Pasados algunos meses, volvía del hospital, terminada ya la hora de mi clínica, por la acera del sol, un triste sol de invierno, descolorido y pálido, que bañaba en luz el paseo de las Delicias, filtrándose por las ramas esqueletadas de los árboles. Las últimas hojas rojizas se arrastraban por el suelo, entre niños que corrían, vigilados por ayas inglesas. Una que otra pareja de muchachas elegantes se deslizaba envuelta en pieles, a paso largo. Muchachuelas sucias y desarrapadas pedían limosna con tono lastimero de mendigas profesionales, encarándose de preferencia con los señores que conversaban con damas. Hombres del pueblo, con la raída manta al hombro, caminaban sin hacer ruido, a paso gimnástico. El tráfico matinal era animado, como de costumbre, a esa hora. Carros pesados, carruajes de alquiler, automóviles, carromatos, se cruzaban en todas direcciones.

De pronto, ví que se formaba grupo en una esquina, amontonándose la gente, a la manera que sucede siempre con los atropellos, los heridos, los robos o hechos de sangre en cualquier forma, trátase de riñas callejeras o muertes repentinas. Acudí, movido de curiosidad. Habían chocado violentamente dos automóviles, un Ford y otro particular. El accidente no era de importancia; tratábase de faroles y cristales rotos. Alancé a llegar en circunstancias en que un individuo abría la portezuela y daba la mano a Pepita Aliaga que bajó en compañía de su hermana Luz. Estaba intensamente pálida y manaba sangre de su mano izquierda herida al romperse los cristales. Al verme llegar el tal sujeto me llamó por mi nombre:—Venga, doctor Zeballos... Le miré, no poco extrañado de que me conociese. Era Celada... el pobre diablo con cuyo nombre no acertaba a dar en un principio. Había enrojecido, creí que se acordaría de la cuenta, y a pesar de lo crítico de la situación no acertaba a contener la risa.

Fuí con Pepita a una botica cercana, en donde le hice la primera curación, un simple lavado desinfectante. Como se tratara de leve rasguño echamos el caso a broma y nos pusimos a charlar. Pepita reía y hablaba con la locuacidad frecuente en

casos tales, cuando se acaba de salvar algún peligro, condición propia de la excitación pasajera de los nervios «—Mañana pasaremos juntos a la celebridad, le dije, Ud. por el accidente, sin duda comentado por los diarios en «La Vida Social», y yo en calidad de salvador de una persona interesante». «—Así es no más, agregó ella, soy la primera en reconocerlo, pues ya la modestia es cosa pasada de moda, y en eso sigo el consejo de mi abuelita, o como ahora se dice, de «Gran Mamá»: alábate, hijita, que tus amigas se encargarán de sacarte el cuero, llegado el caso». «—Lo que es la tía Enriqueta Victoria, quedará encantada en cuanto lleguemos, interrumpió Luz; para ella no hay felicidad mayor que curar enfermos, recibir visitas, o hacer compotas y mermeladas. Ahora va a tener enfermos y visitas de todas las amigas».

En la puerta de la botica se había formado un grupo compacto de curiosos. Pepita les miró distraída, y luego, volviéndose me dijo, bajando los ojos: «—¿Quién es aquel señor?» y me indicaba a Celada... Me ocurrió entonces, como suele sucederme, que olvidé su nombre. Y mientras ponía mi majín en prensa, teniendo la palabra en la punta de la lengua, como vulgarmente se dice, tuve la ocurrencia de contestarle con otra interrogación: «—¿Por qué me lo pregunta?...» «—Porque... porque... desde hace tiempo me persigue por la calle como mi sombra...» «—Es un pobre diablo...» «—Ya lo sabía... y por eso mismo se lo cuento... si no me lo callaría para no ponerme en ridículo refiriendo esas cosas...» Y luego, como arrepentida de lo que había dicho, agregó: «—Pero se ha portado bien... en el momento del accidente... al verle que saltaba junto al auto y abría la puerta... no sé porqué me sentí más tranquila». «—Habrás coqueteado alguna vez con él, por divertirse». «—Ud. está loco, doctor...»

El pobre diablo había desaparecido.

*
* *

Aquel incidente insignificante pasó en una hermosa mañana del mes de Octubre. La vida es así. Se compone de pequeñas

cosas, de sucesos triviales y baladíes, entre los cuales, solo muy a las perdidas aparece el drama con toda su complicación sentimental y trágica. Estaba de Dios que todos los accidentes de esta verídica histórica hubieran de realizarse por la mañana, y si en vez de ser un mero relator exacto de la verdad fuera escritor romántico, pondría como título a este mal hilvanada relación «En una mañana de sol...». Y quedaría tan campante...

Acababa de dejar mi carruaje—pues ya el ejercicio de mi profesión de médico me daba para lujos y hasta para vicios—cuando, en la esquina de la calla de Ahumada con Delicias me asaltó una verdadera banda, no de apaches, sino de señoritas, precedidas de un chico que llevaba en sus manos un estandarte rojo, como el de los anarquistas rusos, con enorme rótulo en letras bordadas que decía «Sociedad de Socorros Infantiles». Era el día de la colecta pública para los asilos de niños. El grupo de muchachas era elegantísimo, a cual más hermosa, todas jóvenes, lujosamente ataviadas, pero en traje de mañana, con ese lujo refinado en que la sencillez aparente, el corte y las combinaciones de colores, revelan hechuras de grandes casas de París. Una de ellas llevaba un cojín con insignias que clavaban en la chaqueta de cada persona que les daba el óbolo de la caridad obligatoria. Pepita, vestida de blanco, presidía la Comisión. Su alta y esbelta silueta se agitaba en medio de todas, impartiendo órdenes y señalando víctimas que sonriendo entregaban inmediatamente el dinero encerrado en bolsa enorme de seda.—«Doctor, nadie pasa sin hablar al portero... Para los niños». Cumplí, como todos, y me detuve un instante a charlar con ellas, pues casualmente las conocía a casi todas. Mi amigo Manuelito Fernández abría en ese instante su cartera y pasaba un par de billetes. Pepita, le colocó la insignia de Caridad en el pecho, con su propia mano. Manolo, viéndola tan hermosa, fascinado acaso por el fulgor de sus ojos aterciopelados, tuvo un atrevimiento: «—Regáleme esa flor, Pepita... aunque más no sea una sola de las violetas de Persia que lleva prendidas». Y le indicó un ramo que llevaba sobre la cintura.—«¿Qué se ha figurado?... ¡ni por nada!...»

Esteban Montes sacó un billete de cien pesos: «Yo le compro ese ramo... tome para sus pobres...».

—«Pero, hijo... ¿qué se ha vuelto loco?... si mis flores no se venden... ni por mil... usted cree, sin duda, que se encuentra en la Feria... Habráse visto frescura... ni aunque fuera sorbete...»

De pronto Luz se paró delante de un señor que cruzaba la calle. Era un tipo raro, flaco, mal trajeado, que llevaba un enorme paquete debajo del brazo.

—«Una limosna para los niños pobres...»

Y cuando alzó la vista, le reconocimos al punto. Era don Calixto Celada, el pobre diablo que cruzara al través de mi vida y la de Pepita como uno de tantos seres inadvertidos, insignificantes, en los cuales no vale la pena detener la vista. Enrojeció, como vulgarmente se dice, hasta lo blanco de los ojos. Acaso sintió vergüenza de verse a tan mal traer, el chaquet negro no muy limpio, ya gastada la cinta del borde, el sombrero estropeado, los toscos zapatos de becerro cubiertos de polvo, la camisa no muy limpia, metido, por primera vez en su vida, en medio del grupo elegante de señoritas que le acosaban en nombre de la caridad y de los niños. Pepita se detuvo junto a él, con leve mohín de disgusto: no le agradaba sin duda que su hermana, en son de broma, hubiera detenido al tal sujeto.

Entonces tuvimos ocasión de presenciar una escena inesperada, extraña y hondamente dramática, de aquellas con las cuales a menudo nos topamos en la vida, sin que acertemos a comprenderlas en la mayoría de los casos. El pobre diablo sacó su cartera con dificultad, embarazado acaso por el paquete que llevaba y que no podía soltar, y la registró desesperadamente. Advertí en su mirada algo como un dejo de amargura, más aun, como un sentimiento de agonía íntima. Sentíase humillado ante la mujer, la única mujer que le importara... la que había seguido de lejos, como perro fiel... la que encarnaba el ideal de belleza y de fascinación que todos los seres humanos ocultan en su pecho... Hubiera querido darle cien pesos... mil... cuanto poseyera... y no tenía nada... ni un mísero billete de a peso...

¿Han sentido la impresión de un orador que se corta y detie-

ne en su discurso? ¿la que sufren cuantos cerca de él se encuentran en aquel trance amargo? ¿Han sentido ustedes la impresión de ver a un ser humano, humillado, insultado o abofeteado sin que se atreva a contestar? Pues algo de eso sentía yo en aquel momento; de buena gana le hubiera pasado algún dinero para ayudarle, a poder hacerlo sin que nadie lo notara. Celada se registró entonces los bolsillos, lentamente, pero desesperado, y sacó, por fin, una moneda de veinte centavos.

Pepita la recibió, echándola rápidamente al saco, y le dió las gracias.

El pobre diablo se alejó con su paquete. Llevaba, sin duda, la muerte en el alma... Esteban y dos de las niñas se echaron a reír a todo trapo. Y mientras ellas perecían de risa, yo miraba a Pepita que, con la rapidez del rayo, se desvió del grupo, dándole voces para que se detuviera:

—«¡Caballero!... una palabra...»

Y, desprendiendo su ramo de violetas, cogió un puñado, y con su propia mano las puso en el ojal del chaquet raído.

—«Los pobres no se olvidarán de usted...» agregó.

Y yo, entonces, a mi turno, me aparté del grupo femenino, y con un saludo general, crucé la calle. ¿Saben ustedes por qué me fui? Pues lo voy a confesar, aunque se reían... porque sentí que las lágrimas asomaban a mis ojos. ¡Qué quieren!... yo soy así...

Envidiaba al pobre diablo.

LUIS ORREGO LUCO.

RECORDANDO . . .

Día de verano en otoño. La pieza pequeña, con las puertas cerradas. Un balcón entreabierto, por donde viene la luz blanca, desabrida, acompañada de soplos cálidos y de ruidos callejeros. Esta comparsa de luz, de calor y de ruidos entra vivamente, y ya dentro de la pequeña pieza, retarda el paso, vacila, hace como que va a retirarse. Cristián observa este juego desde el rincón oscuro en que está.

En la muralla hay grabados y fotografías. Una bella artista sonríe bajo el enorme penacho blanco del negro sombrero y se muerde el dedo meñique.

Cristián recuerda.

Tenía esta mujer unos ojos admirables. Eran verdes en ocasiones, como el verde de la ola a contraluz, y a veces eran oscuros, con el misterioso color del agua bajo el muelle.

Se parecía esa mujer a María, como se parece al original una buena traducción. Si ella hubiese sido la amada de Cristián y no la otra, hubiera dicho que la versión era superior al original: tan bella era.

Una noche, en el camarín oliente a esencias y a emanaciones de mujer, su mano conmovida palpó la suave firmeza de su cadera. Fué un accidente casual, originado por la estrechez de la habitación y el crecido número de visitantes. Charlaban, y desde ese punto Cristián no habló ni oyó lo que los demás decían. Voces, risas, miradas, gestos, palabras, ideas, luces, todo

eso se confundió, se amasó, se hizo blando y firme como la curva de aquella cadera.

Ahora mismo, en el rincón oscuro en que está, ahueca ligeramente la mano y le parece palpar la plenitud del flanco bajo la ceñida seda de la falda.

De seda también vestía María cuando por primera vez las niñas dilatadas de sus ojos hicieron desaparecer el verde de las pupilas, dándole la impresión de que se habían vuelto negras.

Estaban en el saloncito oscuro, fresco. Se había sentado ella en el ángulo más sombrío. Junto a la ventana, apenas entreabierta, observaba Cristián el pequeño patio inmóvil, bajo el sol meridiano. Ni un rumor en la casa adormilada.

Se volvió hacia ella sin verla, deslumbrado como estaba por el sol, y le dijo:

—¿Qué hace?

La voz de ella cantó en la penumbra:

—Leo algo muy lindo.

Se esforzó él en penetrar la sombra y distinguió borrosamente la blancura de su rostro y de sus manos.

—¿Qué es?

Debió ella sonreír, porque su voz fué alegre.

—Versos—contestó.

Vislumbró Cristián sus ojos, frente a los de él, y fué a sentarse a su lado.

Ella empezó a leer:

Del llanto al beso, en dulce desvarío,
hay apenas un leve calofrío.

Cogiéndola una mano, que tembló levemente dentro de la suya, siguió Cristián recitando:

¿Y qué es un beso? Un juramento
hecho muy cerca, en mudo arrobamiento.
Es promesa sin voz, punto rosado
de la *i* de la pasión; secreto amado
que hace del labio seductor oído.
Es un fugaz instante

de infinito y de cielo, con ruido
de abeja susurrante.
Es conmoción de amor que sabe a rosa,
manera de aspirar en dulce calma
del corazón la esencia misteriosa
y de gustar, sobre la boca, el alma.

Ella sonrió casi con dolor, diciéndole:

—¿Puede gustarse el alma?

—Sobre la boca—respondió él, mirándola hasta lo hondo.

Volvió a sonreír María, y su mano, libertándose de la prisión en que estaba, se echó sobre la de Cristián, oprimiéndosela con fuerza.

Entonces fué cuando, juntas sus mejillas, vió él que los ojos de ella se hacían negros.

Algo trémulo aun, volvió a su asiento, junto a la ventana, y el sol lo deslumbró de nuevo.

Al cabo de un instante pudo preguntarle:

—¿Cree ahora?

La voz desfallecida de ella habló en la penumbra:

—¿Que tiene gusto el alma?

—Sí. ¿Cree ahora?

Envueltas en un suspiro exhaló estas palabras:

—Ahora creo...

M. MAGALLANES MOURE.

VOS YEUX

(A Miguel Luis Rocuant)

Paroles de PAUL PALGEN.

Musique de XAVIER RENGIFO G.

CHANT. *Animé.* *Lentement.*

Vous a - vez des yeux qui

PIANO. *profondément doux et passionné*

sont com - me l'or - de mo - bi - les et clairs des yeux bleu fon - cés, que

j'ai - me a bai - ser sur leurs cils bais - sés - le -

avec emportement *accusant*

nant sur mon coeur vo - tre té - te blan - de.

retenu *avec une expression pénétrante*

Lentement.

Vous a - vez des yeux qui sont des blu - ets et

com - me les fleurs — que le vent ba - lan - ce ils

doux et calme

tranquillo

viennent, ils vont, plein de hon - cha - lan - ce me je - tant de - loin

très retenu

Animé.

leurs bai - sers mu - ets.

Lentement.

5

Vous a - vez des yeux qui font des bles - su - res,

très retenu

on di - rait a voir leurs regards de feu des la - mes glis -

pp *fretenu et passionné*

- sant dans du ve - leurs bleu j'en gar - de a mon

très retenu

coeur mi - lle meur - tris su res.

très lointain *ppp*
retenu avec force

GIACOMO LEOPARDI

Nos corresponde hablar del maravilloso filósofo y escritor *Giacomo Leopardi*. El lugar de este vate de genio está al lado de Dante y Petrarca, es decir, que son los tres mayores poetas de Italia. Pero, además, en la desesperada y nihilista inspiración, en el hondo y dramático concepto de la vida, del fundamental dolor que es su esencia misma, en la expresión sincera, vívida y terrible de ese mal que arraiga en el fondo y como un germen primordial del alma humana, Leopardi no tiene émulos en toda la literatura del mundo.

Si a su poesía dolorosa y sombría, elaborada hasta la más suprema perfección a que puede alcanzar el verso agregamos que Leopardi es un original y vigorosísimo pensador, de perspicacia única para explorar el alma, y a la vez un prosista perfecto de quien dijo Manzoni: «como estilo, quizás no se ha escrito nada mejor en la prosa italiana de estos días», se explicará el largo, afectuoso y apasionado estudio que vamos a consagrarle. No hay medio de conocerlo sin admirarlo, sin amar aún esas congojas, esas téticas cavilaciones, ese desengaño universal e infinita desolación que canta su Musa. Esta poesía de Leopardi, perla de valor incomparable, nace como las otras, de una cristalización de la amargura y del dolor.

Pero veamos ya los elementos que inspiran el estro pesimista del grande e infortunado vate.

El conde Giacomo Leopardi nació en Recanati, en Junio 29 de 1798. Era el primogénito del conde Monaldo Leopardi y de la marquesa Adelaida Antici. Fué educado en la casa paterna. Dos eclesiásticos le enseñaron latín y elementos de filosofía. Ya a los catorce años, abandonando a sus maestros, comenzó a estudiar por su cuenta. Desde los ocho años, por sí solo, procuraba aprender el griego y leía íntegra la seria biblioteca de su padre. A los 16 años había leído toda la antigua literatura clásica, buena porción de los autores griegos y latinos, de la decadencia, y parte de los Padres de la Iglesia. Poseía con absoluta perfección, hasta en los mínimos detalles su propia lengua, hablaba y escribía correctísimamente el francés y el inglés, y además conocía el español, el alemán y el hebreo.

Este saber maravilloso, estupendo en un jovencito de 16 años, se ordenaba perfectamente en su privilegiado cerebro y no esterilizaba sus vivos arrebatos poéticos y ardorosa imaginación. Con estupor de los mayores sabios alemanes, Niehbur entre otros, a los 16 años publicaba una esmeradísima edición de la *Vida de Plotino* por Porfirio, con versión latina y un extenso comentario. En otra ocasión les hacía pasar como griego auténtico unos versos escritos por él. Desde esa edad sus múltiples trabajos de filología y erudición, trabajos que asombran y espantan por el perfecto dominio de aquellas ciencias que suponen en un niño endeble, se sucedieron sin interrupción. Y no se trataba de meras labores de composición sino de memorias que requerían gran poder de raciocinio y espíritu de síntesis. Así, a los 17 años publicaba un profundo *Ensayo sobre los errores populares de los antiguos*, obra de un espíritu crítico maduro, y que él escribió en dos meses. En la incuria de los estudios clásicos en la Italia de aquella época, estos opúsculos de Leopardi eran verdaderas fulguraciones en la sombra.

A los 19 años el ambiente estrecho de Recanati, sin sociedad ni centros eruditos donde desarrollar sus ideas, se le hizo insoportable. Pero su padre lo retuvo en el hogar. Para distraer su tedio, emprendió numerosas y geniales versiones de diversos autores griegos.

Tanto éstas, como sus demás trabajos y colaboraciones en algunas revistas dieron inmediata notoriedad a su nombre. Sin perjuicio de ellos, desde 1817 había comenzado a insertar en los periódicos algunas composiciones propias. Las primeras fueron tres largas odas patrióticas en que celebra las pasadas grandezas de Italia, y las hace servir de reactivo contra la decadencia que veía a su alrededor. Este exceso de trabajos había concluído por arruinar la salud del poeta. Entonces, con sus escasos recursos, porque el padre no le suministraba otros, se trasladó a Roma. Ahí, en 1822, se le encomendó la catalogación de los manuscritos griegos de la Biblioteca Barberina. Uno de los muchos artículos de erudición que ahí publicó, lo hizo conocer del célebre historiador Niehbur, que a toda costa quiso, con mil fascinadoras promesas, llevarse al joven sabio a Alemania. Dice Niehbur en una carta: «Este joven, es con mucho, el primero, o mejor dicho, el único verdadero helenista de Italia, y autor de observaciones críticas que harían honor al primer filólogo de Alemania, y no tiene más que 22 años».

Por esa época los recursos le faltaron al poeta, junto con la salud, y tuvo que volver de Roma a Recanati en 1823. Ahí, obligado al reposo por sus dolencias, en completo desacuerdo de caracteres y de ideas con su familia, tomaron sus pensamientos un triste rumbo, y comenzó a componer sus más negras y desesperadas canciones. Reunió y publicó estas poesías en 1824. Un aplauso unánime le llegó de toda Italia.

Por segunda vez abandonó Recanati y pasó los años 1825 y 26 entre Milán y Bolonia; del 27 al 29 vivió en Florencia. Volvió por un año a Recanati y en 1831 estaba de nuevo en Florencia. Su padre le había cortado todos los recursos, y el infeliz poeta necesitaba trabajar desesperadamente en comentarios, ediciones, antologías, etc., etc., para poder vivir. En 1827 publicó una colección de diálogos, pensamientos y anécdotas llamada *Operette morali* en que su pesimismo sistemáticamente organizado y caldeado por sus desgracias y por su imaginación, se abre camino en la prosa espléndida que hemos visto admirar a Manzoni. Es una verdadera obra maestra de observación moral que coloca al autor entre los cinco o seis mayores mora-

listas del mundo. Con perspicacia, acierto y lucidez implacables, el autor va destruyendo las ilusiones de la vida, evidenciando su futilidad, y la infinita vanidad de todo. Nada se resiste a la apasionada invectiva, a la dolorosa ironía de Leopardi.

Las dolencias del poeta aumentaban, agravadas por la sórdida miseria del padre y la falta de entrañas de la madre. Tuvo el poeta que renunciar a sus estudios filológicos; y aun las otras labores hubo de suspenderlas por largos períodos. Sufría cruelmente de la vista; durante un año entero no pudo leer ni una línea. Resultado de sus gigantescos trabajos había sido una deformación del sistema óseo, que le trajo principios de tisis y de hidropesía. En sus últimos veinte años, el heroico poeta apenas si tuvo algunos meses de alivio. Recuerda el suyo el caso de Pascal.

Penetrado de que ya no podría trabajar más, en 1830 entregó todos sus manuscritos a un francés para que los editara. En 1830 publicó una nueva edición de todas sus poesías con una bella y conmovedora dedicatoria a sus amigos. En 1833 fué a establecerse en Nápoles con su íntimo Ranieri. El temperamento lo restableció por algún tiempo; mas el mal que lo minaba siguió su curso; y el 14 de Junio de 1837 murió súbitamente, parece que de la ruptura de un vaso interior. Se le creyó muerto de cólera, y costó sustraer su cuerpo de las incineraciones en masa que por tal motivo se efectuaban entonces.

Acababa de terminar un poemita en 8 cantos: «Paralipómena de la Batracomyomaquia de Homero». Con sarcástica y punzante burla se mofa en él de las ilusiones humanas y pone de manifiesto la infelicidad de la vida; su talento de versificación es impecable como siempre, pero es demasiado vivo el contraste entre el tono y el fondo del poema.

En sus últimos años, incapacitado para un trabajo continuo, el poeta acostumbraba tomar notas, apuntar observaciones, consignar breves pensamientos o reflexiones, anotar fugitivos versos, núcleos de alguna futura poseía. Esta miscelánea de apuntes, este *Zibaldone* como la llaman los italianos, que hoy día forma siete abultados volúmenes, había permanecido celosamente guardada por el amigo de Leopardi, Ranieri, y por la

familia de éste. Cediendo al deseo público, el Estado de Italia adquirió todos esos impagables manuscritos, fuente inagotable de datos sobre la vida interior y externa del poeta, manantial profundo de estudio, tesoro de riquezas literarias y morales, y los hizo publicar en Florencia desde 1898 a 1900, bajo el rubro de *Pensieri di varia filosofia e di bella letteratura di G. L.* Fuera de estas obras, dejaba una amplia correspondencia que no es la menos bella y extraordinaria de sus producciones. Ahí tenemos al desnudo esa alma atormentada, con lucidez única para analizar sus sufrimientos, para expresar la sempiterna congoja de su corazón y su desolado concepto de la existencia. Ese dolor universal en que se funde el del poeta, ese trágico destino del género humano, que es infeliz del nacer al morir, lo hace, con fervoroso anhelo, aspirar a la muerte, la suprema redentora.

Fuera de sus poemitas satíricos o festivos, la obra propiamente lírica de Leopardi es reducida; todo su bagaje lo componen unas 42 piezas originales, muy pocas de las cuales exceden de cien versos. Pocos poetas, con tan corta producción, han conseguido eternizar su nombre. Pero es que las piezas de Leopardi son todas verdaderas joyas de arte y de sentimiento, modelos perfectos de poética y amplia concepción. Daré los nombres de las más conocidas: tres canciones patrióticas a Italia, Dante y Angelo Mai; *Bruto Minore*, en que el poeta blasfema de la virtud; *Aspasia*, en que ataca a ese fantasma del amor; *Ultimo canto de Safo*, en que canta bajo el nombre de la poetisa helena un personal desengaño amoroso; el *Pensamiento Dominante*; *Amor y Muerte*, en que sintetiza su pesimismo; *Consalvo*, profunda y apasionada elegía, con divinos versos; los *Recuerdos*; la *Ginestra o la Retama*, grandiosa invectiva contra el teísmo, en que la naturaleza inconsciente y despiadada aparece como la dominadora del universo, y el hombre como un ínfimo accidente en el Cosmos; el *Canto Nocturno de un pastor en el Asia*, en que pinta en forma impresionante, de melancólica serenidad, el vacío, el tedio de la existencia humana, perdida en la soledad sin término y sin objeto del universo.

Factor capitalísimo en la vida y el pensamiento de Leopardi

fueron sus padres. Ellos le crearon al poeta un ambiente doméstico tan infausto, tan perjudicial al libre vuelo de su genio, que no se comprenderá bien éste sin algunas nociones de lo que eran el conde Monaldo y la marquesa Adelaida.

El padre de Leopardi, según éste mismo lo pinta en algunas cartas de trágica desesperación, parece haber sido un hombre frío, orgulloso y hartamente avaro. De carácter exigente y duro consigo, lo fué también con Giacomo. El hogar de los Leopardi era tan escaso de rentas como rico de nobleza: se llevaba ahí una vida estrecha y oprimida. Para mantener su situación tenía el padre que economizar, es decir, lo hacía su mujer, y lo hacía con avaricia rayana en crueldad. Sus hijos tenían que mendigarle algunos cuartos en las pocas ocasiones en que osaban afrontarlo.

Fuera de esto y en el terreno intelectual, de una intolerancia y rigidez de convicciones católicas extremadas hasta un despotismo de inquisidor. Y como las ideas del poeta lo llevaban al polo opuesto del sentir paterno, pronto surgió entre ambos la discordia. Sin dejar de admirar el genio de su hijo, no podía el padre tolerar tal revuelta intelectual. De ahí, por lo menos un distanciamiento que hería al poeta en sus vivísimos afectos y le arrancaba cartas de cruel, implacable perspicacia en contra del autor de sus días.

Empero, el conde Monaldo era la dulzura misma comparada con su mujer. La marquesa Adelaida era de una frialdad, de una estrictez y un ascetismo casi, o sin casi, criminal. Su inconsulto celo religioso le impedía poner en otro que en Cristo su cariño, aun cuando ese otro fuera un niño de genio como Giacomo. Encastillada en su alcoba, lejos de las expansiones de sus hijos, preocupada sólo de reunir dinero en esta vida y méritos para la otra, deplorando el talento de Giacomo que lo distanciaba de la fe católica, se mantuvo frente a él en una actitud de indiferencia, cuando no de hostilidad, de renuncia a todos los afectos maternos. Nunca fué madre, siempre fué para sus hijos menos que madrastra. Ella incitaba al conde en contra de sus hijos, ella economizaba el dinero casi hasta llevar el hambre al hogar, ella dominaba al marido torturaba a su pro-

genie, y abominaba de los estudios de nuestro poeta. Seguramente que, en servicio de su marmóreo religiosismo, no ha dependido de ella velar el genio de su hijo inmortal.

Si el padre atormentó al poeta, a lo menos alguna vez vió Giacomo algo de interés en el Conde, sorprendió un gesto de admiración o de amor. La madre tuvo el desgraciado heroísmo de no tener en su vida uno de esos arranques que reconcilian a un hombre con su hogar. Ella fué uno de los factores del pesimismo leopardiano. La primera aguda espina que atravesó el corazón del poeta la clavó la madre de entraña de bronce, que no se resignaba con que Giacomo renunciara al sacerdocio y a los beneficios eclesiásticos correspondientes.

Una vez, sólo una, contó el poeta su desgracia; y lo hizo en tales términos, con tal amargura, con desborde tal de sentimientos indignados y entristecidos, con tan soberbia hermosura de forma, que seguramente habrá pocos documentos iguales en la literatura. Esas páginas pesan sobre la memoria de los padres de Leopardi, sobre todo de la madre, más que una lápida sepulcral. No conseguirán los siglos apartarla de esa madre desnaturalizada que sacrificó en aras de un sombrío fanatismo al genio que por la eternidad había de immortalizar a su raza.

No creo que puedan leerse sin emoción, sin piedad infinita por ese joven de 21 años, estas angustiosas, desoladas líneas, que no tienen paralelo en lengua italiana:

«Io non vorrei mai scordarmi de' miei doveri, io vorrei essere infelice io solo; vi giuro che se qualche cosa mi turbava nella risoluzione ch'io aveva formata, non erano ne i pericoli a cui mi esponeva ne i biasimi altrui, de' quali non fo nessun conto, ne la morte che i disagi e la povertá m'avrebbero procurata ben presto con mia consolazione, ma il solo pensiero di dar disgusto ai miei genitori. Io ho sempre amato mio padre e l'ameró; e mi duole che voglia trattarme come gli altri uomini, e creda l'inganno piu vantaggioso con me della schiettezza, mentre mi sembra d'aver dato prove sufficienti del contrario. Ripeto ch'io non desidero se non d'essergli sempre riconoscente e rispettoso e certamente sarò tale nel fatto, se non potrò anche nelle apparenze. Io non mi pento della condotta passata, ne

bramo cangiarla. Solamente prego che voglia aver qualche riguardo alle inclinazioni mie, che ora non sono piú mutabili naturalmente, e contrariato mi faranno infelice fin ch'io viva, e forse peggio ch'infelice.»

Esto respecto del padre. Tenemos retratado aquí el genio excelente, el carácter afectuoso, profundo en sus sentimientos, del vate infeliz. Oigámosle ahora hablar de su madre:

«Io ho conosciuto intimamente una madre di famiglia che non era punto superstiziosa, ma saldissima e esattissima nella credenza cristiana e negli esercizi della religione. Questa non solamente non compiangeva quei genitori che perdevano i loro figli bambini, ma gli invidiava intimamente e sinceramente, perche questi eran volati al paradiso senza pericoli e avean liberato i genitori dall'incomodo di mantenerli. Trovandosi piú volte in pericolo di perdere i suoi figli nella stessa età, non pregava Dio che li facesse morire, perche la religione non lo permette, ma gioiva cordialmente: e vedendo piangere o affliggersi il marito, si rancchiava in se stessa e provava un vero e sensibile dispetto. Era esattissima negli uffici che rendeva a quei poveri malati, ma nel fondo dell'anima desiderava che fossero inutili, ed arrivó a confessare che il solo timore que provava nell'interrogare o consultare i medici era di sentirne opinioni o ragguagli di miglioramento. Vedendo ne'malati qualche segno di morte vicina, sentiva una gioia profonda, che si sforzava di dissimulare solamente con quelli che la condannavano; e il giorno della loro morte, se accadeva, era per lei un giorno allegro ed ameno, ne sapeva comprendere come il marito fosse si poco savio da attristarsene.»

Sigue la implacable descripción de esa alma femenina, dura y helada como piedra. Y nos inclináramos a maldecir a esa alma refractaria a las virtudes y nobles afectos si no pensáramos que Leopardi le debió el sér. Basta eso para perdonarle sus yerros.

Por lo demás, si aquel frío y descariñado hogar despertó prematuramente en el poeta el espíritu de observación y desde temprano desarraigó de su alma esas ilusiones, risueñas apariencias y encantos de la vida doméstica, ellas no hicieron más

que anticipar un trabajo de valorización, de crítica de las realidades y sentimientos, que más o menos luego el poderoso genio de Leopardi, su infalible intuición y genial perspicacia le hubieran revelado en su efectiva y verdadera nulidad.

Lo dicho anticipa una de las características y méritos de la obra de Leopardi que vamos a estudiar: es una literatura sincerísima hasta ser patética, obra vivida por el autor, y trabajada con energías, pasión y arte excelsos, al alcance de todo el mundo, porque canta el mal y dolor universales, eterno e ineludible patrimonio de la humana especie.

Pero hay algo más que poesía y fugitivas e individuales sensaciones en la obra de Leopardi. Este divino poeta encubre a un pensador y un psicólogo egregios, a uno de los filósofos que más al desnudo han contemplado el alma y la naturaleza, a uno de los más profundos y rigurosos especulativos que jamás haya existido. (Existe al respecto un soberbio y definitivo trabajo de A. Gatti: *Il sistema filosófico de Giacomo Leopardi*, 1906). En su efímera vida, paseó una mirada escrutadora y desencantada por sobre este panorama tedioso, monótono y acerbo, cuando no cruel e inhumano hasta sugerir el suicidio. Y sus versos son la sublime forma de arte que traduce aquella desolada visión de la vida, contemplada como en cifra en la desventurada existencia del poeta.

No conoceremos, pues, en su esencia, en su inconmensurable hondura la poesía de Leopardi si no penetramos hasta esas ideas que él ha envuelto en formas de inefable belleza.

El pesimismo nació a la puerta del paraíso cuando el primer hombre, desnudo y hambriento, fué expulsado del divino jardín, símbolo del ideal que perseguirá siempre sin jamás alcanzarlo la humana especie. Desde aquel día hasta hoy ha resonado siempre con trágica y desgarradora angustia el grito del dolor, la invocación a la muerte consoladora. Si hubiéramos de fundir en una sola voz el llanto de las criaturas, las lágrimas y sollozos, los lamentos, las blasfemas imprecaciones, los hondos y acongojados suspiros, las férvidas plegarias e impotentes maldiciones que a diario y por miles de años se han alzado al cielo desde éste que llaman valle de lágrimas, el eco de ese lamento

formidable habría salvado ya los espacios y llegado más allá de la última estrella que pueden nuestros ojos vislumbrar.

Pero la humanidad no sólo ha sufrido; ha meditado su dolor. Y de siglo en siglo, cual funeral tañido, la voz de sus pensadores y poetas ha cantado el drama del dolor que es la existencia mortal, la vanidad de vanidades, lo efímero de cuanto existe, el horrible vacío de esta vida en que el tedio y el dolor florecen en la tierra y forman la bóveda de nuestro firmamento. Cuando el hombre se ha sentido inspirado, cuando su voz ha tenido grandeza y majestad, ha sido al proclamar la total inanidad de la existencia. En tal condenación de la vida, y sus mentidos halagos, y fantásticos bienes y quiméricas ilusiones han concordado desde los estadistas y filósofos hasta los profetas y los santos. Basta recordar los escépticos y doloridos acentos de *Job*, *Salomón* y *Jeremías*.

Las religiones mismas sientan como premisa incontrovertible y buscan su razón de sér en ese mal y dolor universal que sigue al hombre como su sombra. Cuatrocientos millones de budistas, idólatras de la nada, persiguen hoy el *nirvana* que ha de extinguir el mal de la vida proclamado por Cakya Muni. El cristianismo nos explica por el pecado original la decadencia y perversión humanas, y no osando prometernos una dicha terrestre, la posterga para ultratumba.

El teatro griego, en Esquilo sobre todo, canta la miseria del hombre, sus sangrientos y fatales conflictos, la tragedia del vivir. El teatro de Shakespeare nos representa todos los malos instintos, las bajas pasiones y vilezas del corazón del hombre. Y es tal la infausta suerte humana, que un poeta católico, un sacerdote, pregunta desde la escena:

«¿Qué delito cometí
 contra vosotros naciendo?

 «Que es el delito mayor
 Del hombre el haber nacido.»

En Francia, los mayores genios del púlpito, Bossuet, Massillon, y sobre todo Bourdaloue, ¿qué hacen sino glosar las mise-

rias de esta existencia cuya simiente fecunda e inmortal arraiga en nuestras almas?

Y junto a ellos, por encima de los siglos y los hombres ¿qué dice Pascal, triste y dolorida víctima cual Leopardi, asombro de la inteligencia humana él también? ¿Ha escrito alguien frases de más metálica dureza, de más irrefutable raciocinio y experiencia para exhibir palpitante esa naturaleza humana amasada con todas las elevaciones y pequeñeces, con todas las contradicciones, vergüenzas e ignominias que hacen del hombre un *monstruo incomprendible*? Escuchemos a ese genial cristiano: «El hombre, pues, no es sino disfraz, mentira e hipocresía, tanto en sí mismo como respecto de los demás. No quiere que se le diga la verdad, evita decírla a los otros; y *todas estas disposiciones*, tan alejadas de la justicia y de la razón, *tienen una raíz natural en su corazón*».

Pues el único lenitivo de tal infortunio, la sola redención que discurre Pascal es lanzar la humanidad entera al pie de la cruz.

Y al lado de ese Pascal, creyente hasta destrozarse el cuerpo con maceraciones y cilicios, están otros concedores del hombre, Montaigne, que catalogó nuestras vanidades y miserias. La Rochefoucauld, La Bruyère. ¿No constatan ellos también la infelicidad humana? Omito hablar de Maquiavelo, que, parece, conocía a los hombres, ni de Spinoza. Y llego ya a Voltaire que, sin predicar el pesimismo, ridiculiza para la eternidad el optimismo, escribiendo con la garra de Satanás aquel CÁN-DIDO que por la sangrienta burla merecería figurar entre las creaciones de Leopardi. Y en el siglo XIX ¿habrá de recordarse la poesía sobria y profunda, potente y magnífica en la blasfemia de *A. de Vigny*?

Tenía, pues, precedentes y predecesores nuestro poeta, y dejó dos insignes herederos en Shopenhauer y Hartmann. Pero lo que no existía fué la base racional, filosófica del pesimismo. El la desentrañó, la ordenó, y entretejió el cosmos, nuestro mundo y la especie humana en malla diamantina, formando un sistema coherente, riguroso, basado en irrecusable experiencia, a comenzar por la propia. Y para conferir a sus ideas, a este evan-

gelio de la infelicidad, perenne vida, las engalanó con la más bella vestidura que jamás soñara artista alguno para su obra.

Leopardi ha hecho el círculo de nuestra vida, la ha contemplado por todas sus fases, y como síntesis de su examen ha encontrado en todo, en el cosmos, en la naturaleza y en el hombre, en la base de toda existencia, el dolor, el mal. Esa concepción es el pesimismo. Leopardi es el más amplio, el más lógico y consecuente de los pesimistas.

Su sistema trae como corolario inmediato la negación de Dios y su providencia; un determinismo orientado hacia el mal puesto que todo procede de él y a él conduce. Consecuencia de todo ello es una absoluta amoralidad.

La sociedad humana es un paliativo para que los hombres no se desgarran como fieras. Hay en la naturaleza una inmoralidad, una absoluta despreocupación por la suerte de esos parásitos que se llaman el género humano. Lo dice Leopardi con esa dulce y feroz tranquilidad que es su característica: «¿Imaginábaste, quizás, que el mundo era hecho a vuestra intención? Pues sábetelo que en la creación, ordenamiento y operaciones mías, con rarísimas salvedades, siempre tuve y tengo la intención en muy otra cosa que en la dicha de los hombres o en su infelicidad. Cuando en alguna manera o por cualquier medio os ofendo, sólo muy rarísimas veces me percató de ello; lo mismo que de ordinario si os plazco u os deleito, no lo sé. Y no he hecho tales cosas y no ejecuto cuales actos para deleitaros o daros goce. Y finalmente, aun si me ocurriese extinguir toda vuestra especie, no me daría cuenta de ello». («Diálogo de la Naturaleza y un islandés»).

En un mundo del mal y el dolor absolutos, ni virtud ni sacrificios ni belleza tienen vida real; son visiones incompletas de la realidad, fantasías de nuestras imaginaciones con que voluntariamente nos cegamos acerca de nuestra desgracia congénita. La mayor ciencia sirve sólo para hacer vibrar más el dardo del dolor; crea nuevos anhelos, nos hace vulnerables por más puntos, irrita nuestras ansias sin poder satisfacerlas. Nunca podrá la ciencia mejorar nuestra condición de dolor; antes la aumentará; ni podrá jamás cambiar el cosmos ni mucho menos podrá

modificar la naturaleza humana, radicalmente perversa y triste. Porque no hay que confundir el progreso de la inteligencia con el progreso de la felicidad; son cosas diversas y contrapuestas.

Las pasiones son, desde luego, un fenómeno fisiológico, y en tal sentido, congénitas en el hombre; no cabe desarraigarlas, y supuesto que por un tiempo se lograra, el sólo refrenarlas es ya un dolor, un mal. El hecho sólo de que existan, aun cuando estén sujetas, esa aspiración insaciable, ese anhelo irrepresible encadenado a las mil trabas que aquí encuentra su satisfacción; eso es el dolor, eso será siempre el dolor, que jamás dejará de torturar el espíritu del hombre. Las que juzga el hombre nobles aspiraciones, la de saber, la del bien, la de engendrar obras bellas, otros tantos fantasmas engañosos que perseguimos para distraernos del mal presente y efectivo, quimeras con que nos ilusiona la naturaleza y que en su irrealizable objeto nos dan la medida de nuestra incurable imperfección, del mal que está en el exterior cómo palpita en lo íntimo de nuestro sér.

Y especializando su cruel examen, Leopardi, con lúcido y armonioso estilo, con su ironía a lo Pascal, con esa fuerte y despiadada dialéctica que talla en carne viva, va mostrándonos en infinito pormenor el mal que cual funesto germen anida en cada afecto y pasión, en todo estado y condición de la existencia, en cada uno de nuestros impulsos, ideales y sentimientos, en cada una de nuestras instituciones, leyes y creencias. En todas deja caer una gota de escepticismo y desencanto. Nada halla piedad ante esta crítica demoledora, de perspicacia terrible.

El balance de este análisis es la bancarrota de todo ideal filosófico o social. Mal, dolor, esta es la fórmula del universo; y conforme a ella, la vida no vale la pena de que se la viva. Los hombres son juguetes de un caprichoso encuentro de las fuerzas cósmicas. Porque hay que reconocer que en este mundo no existen ni vestigios de un orden preestablecido, de un Creador. En cuanto a imaginar una supervivencia de nuestro espíritu, esa es la más funesta y quimérica de las fantasías con que procuramos indemnizarnos de las crueles realidades haciendo méritos para una imposible vida ultramundana. El genio má-

gico de Leopardi nos abre uno tras otro los círculos del nuevo Infierno en que van sepultándose las ilusiones, caras esperanzas y deleitosas imágenes que alegran la existencia. Para dar idea del apasionado ataque de Leopardi a esas engañosas creaciones con que nos alucina la vida, oígame cómo habla de la virtud en su *Bruto Minore*: «¡Oh, frágil humanidad! somos una abyecta parte de las cosas... el sufrimiento humano no hace palidecer a las estrellas. No invoco al morir ni a los sordos reyes del Olimpo y del Cocito, ni a la tierra indigna, ni a la noche, ni a ti, supremo rayo de la negra muerte o recuerdo de la futura edad! ¿Qué pueden para el apaciguamiento y el honor de una tumba altiva los sollozos, las palabras y los dones de una vil multitud? Los tiempos se precipitan hacia lo peor, y no habría razón para confiar a la posteridad corrompida la honra de las nobles almas y la suprema venganza de los vencidos. Que alrededor mío, la feroz ave de presa agite sus alas, que la bestia feroz estreche mi cuerpo entre sus garras, que la tempestad arrastre mis ignorados despojos y que el viento acoja mi nombre y mi memoria».

No trata con más ceremonias al amor. Demuestra la inconsciencia que palpita en ese impulso de dos almas una hacia otra:

«... Quel ch' ispira ai generosi amanti
 La sua stessa belta donna non pensa
 Ne comprender potria; non cape
 In quale angusta fronte ugual concetto», &. &.

Estas desoladas ideas, que forman un rígido y férreamente eslabonado sistema, es el que se desarrolla en mil diversas formas, poesías de celestial dulzura, diálogos de acerado sarcasmo, comentarios de volteriana ironía, panfletos de aplastador desdén, historietas, mitos de profundidad y transparencia cuales en ninguna literatura se encuentran parecidos. El genio mismo de la desolación, aquél que cantaba en las ruinas de Palmira, es el que mora en estas ruinas del mundo moral. No bastan a suavizar y disminuir la tristeza y a encubrir el inmenso vacío, el sombrío abismo abierto ante nuestra raza, ante

nuestra especie, la magia indecible, la elocuencia, la poesía sublime, la dialéctica estrecha y luminosa, todas las formas supremas de la belleza con que reviste Leopardi un sistema que importa la negación de todas estas cosas. Necesítase que la luz deslumbradora de la verdad, el aguijón cruel de la experiencia vengan a hacérselo aceptar, y agregando así al espíritu una tortura más con el sentimiento de lo irrevocable, haga desbordar el océano infinito de dolor en que navega la humanidad.

¿Qué valor tienen estas ideas? es la pregunta que a estas alturas se impone. En otros términos, ¿qué parte de verdad hay en el pesimismo? ¿hasta qué punto lo acreditan los hechos?

No es ésta la oportunidad ni el auditorio ante quien tales cuestiones puedan ventilarse. Por otra parte, no siendo floricultor, no me atrevería a tronchar una sola flor en el jardín de ilusiones que llevan en el alma las jóvenes que me escuchan. Demasiado pronto la vida contestará por mí.

Pero hay derecho de preguntarle al profesor su opinión al respecto. Y yo, reservando para más lato estudio el aspecto cosmológico y filosófico, y atendiendo sólo al lado moral del problema, debo declarar con entera sinceridad que después de 30 años de estudios, y de observar la vida y su tumulto desde un solitario abrigo, participo plenamente del credo Leopardiano. Agregaré que lo que más me inclina a ello es, además del catecismo, el trágico, el horrendo espectáculo de la historia, ese catálogo espantable de cuantos crímenes y perversiones cabe imaginar, horrores que, con burla de la supuesta ley del progreso, han ido aumentando en la misma proporción en que adelantan ciencias e industrias. Me confirman en este sentir el grito de los hombres y el tronar de los cañones que en apocalíptico concierto proclaman hoy en Europa... la grandeza y esplendor de la especie humana.

A sus ideas, tristes por cuanto verdaderas, ha dado Leopardi una forma que las hará perdurar. Al servicio del pensador eminente hay un incomparable artista que ya es tiempo de estudiar.

De la prosa de Leopardi he dado ya el más autorizado juicio,

el de Manzoni. Pero lo encuentro un tanto restringido, como escrito antes de conocerse todas las obras del poeta; porque no sólo en el siglo XIX, sino en los dos anteriores no encuentro quien se le acerque en firmeza y brillo marmóreo de la frase, en vigor del concepto, en la nerviosidad, en la amplitud de la frase, en una perpetua y deleitosa armonía, y en todas esas admirables cualidades del espíritu, ironía, sarcasmo, invectiva, fuerza y exquisita dulzura. Todo esto fundido con supremo artificio, sin asperidades ni desentonos, todo esto luminoso como una estatua griega. Con fecunda y ligera fantasía, a imitación de Luciano, pone sus ideas en diálogos llenos de vida y natural, en las situaciones más dramáticas; y la escena se desenvuelve con una viveza y un vigor de raciocinio que maravillan. El tono se eleva a veces con vuelo platónico; en otras baja a la sencillez, pero sin vulgaridad. Y el motivo pesimista aparece siempre al fondo del cuadro, nota dolorida que persiste y domina las mil variaciones de la orquesta.

Tanto en la prosa como en la poesía, es Leopardi enteramente heleno en la forma. De los griegos tiene la inimitable sencillez. No busca efectos chillones, nunca es ampuloso; escoge siempre los más simples vocablos y hace gala de presentar los más profundos pensamientos en la más natural desnudez. Su estilo está bruñido hasta la última perfección; y la sensación de arte consumado que nos produce no sabríamos decir si proviene de la cristalina y límpida idea o de la transparente vestidura literaria en que la envuelve. Nada disuena en las obras de Leopardi; las transiciones son naturalísimas, y el lector se siente arrastrado por una tranquila y potentísima corriente. Por encima de todo esto, una serenidad imperturbable aun en el mayor arranque de pasión, y una dulzura y armonía inefables. Tiene el dón de combinar palabras que se graban para la eternidad en los corazones, y versos vibrantes con perdurable energía; de esculpir sentencias lapidarias, suma de una dolorosa experiencia, que por siempre nos torturarán el alma.

Esta suavidad indescriptible de la literatura de Leopardi no excluye, por cierto, la fuerza. Hay en sus versos y en su prosa, bajo la armónica arquitectura de los períodos, una plenitud de

vida, una solidez, un vigor extraordinario del concepto. Su obra es cual bellissimo cuerpo de efebo griego, ágil, blanco, luciente y armonioso como el de un joven dios, pero con recia musculatura de atleta. Tiene un modo propio de decir simplemente las cosas grandes.

El verso de Leopardi, algunas veces aconsonantado y otras no, es flexible y se ciñe con fidelidad a la idea; ora breve y conciso, ora dilatándose majestuoso hasta encerrar en una línea un pensamiento de infinita grandeza. Pero aun cuando prescinde del consonante, el autor difunde por sus versos una armonía de sentido y de frase que fascina.

Si Leopardi es tan insigne poeta, es porque en sus versos palpita, buena o mala, una filosofía, un concepto de la experiencia eterna, cosa que no se había visto en poeta lírico alguno desde tiempos de Lucrecio. Y siendo clásico, heleno, por la escultural perfección de la forma, es Leopardi romántico y modernísimo por ese afán de analizarse con infatigable interés, por la inquietud del pensamiento y la honda congoja moral que tiñe de melancolía su obra. Nunca el dolor humano, la desesperanza, el tedio de la vida, esa nada efectiva de lo que nos fingimos un mundo, se han expresado con mayor sinceridad, con más persuasiva elocuencia.

Fieles a su ley de belleza, representaban los griegos a la Muerte en figura de una hermosísima mujer, dulce y majestuosa de semblante, irradiando melancolía de su persona y envuelta en blancos y leves tules. Esta diosa es el símbolo de la poesía leopordiana, bella, triste y con la solemnidad misteriosa de ultratumba.

A esa Muerte es a la que el Poeta invocaba como suprema benefactora, como postrer refugio contra el dolor, en los siguientes versos que sellarán esta conferencia:

«Y tú, a quien invoco desde mis primeros años cual honrada diosa, bella Muerte, única en compadecerte de los dolores del mundo; si alguna vez te celebré, si he procurado vengar tu poder divino de las afrentas de un vulgo ingrato, no demores, escucha unas súplicas como las que rara vez oírás, sella para

siempre a la luz estos ojos, ¡oh soberana del tiempo! Por cierto que cualquiera que sea la hora en que para mí despliegues tus alas, me encontrarás altivo, armado contra la suerte, e indomable. A la mano que al flagelarme se enrojece con mi sangre inocente, no la colmaré de elogios y bendiciones como lo hace la añeja vileza de la especie humana. Todas esas vanas esperanzas con que el mundo se consuela a igual que las criaturas, todos esos ilusorios sustentos, los rechazaré lejos de mí. El solo día sereno que espero es aquel en que mi rostro adormido reposará sobre tu virgíneo seno.»

R. DÁVILA SILVA.

(Leo Par).

Diciembre 7 de 1917.

SENSACIONES DE IQUIQUE (1)

Al observar Iquique desde la cubierta del barco, experimentó Luis la impresión de que traía su tristeza y su desamparo a un lugar desamparado y triste. Aquel caserío de madera, chato, color de barro, desparramándose sobre la lonja de arena que se estrecha entre el mar, las dunas y los montes yermos de la meseta salitrera; aquella isla Serrano, tendida a la manera de un cetáceo vigilante al extremo del molo de piedras negras; todo aquel aglomerado ingrato a los sentidos y hosco al espíritu, que parecía entumecerse arropado en una bruma sucia como harapo del cielo invernal, le deprimió en aguda melancolía de destierro. Alzábanse, verdad, columnas de humo, abundantes y presurosas; oíase un pitear continuo, articulando la trepidación febril de pescantes y locomotoras, que vadeaba las aguas y rasgaba la atmósfera del buque; pero no obstante estos latidos elocuentes de la actividad y del trabajo, la masa plana y descolorida de los edificios, todos bajos y sin tejados, esparciéndose tras de la fila de bodegones de zinc con grandes cifras blancas y firmas de comercio inglés, alemán, eslavo, hacía pensar en un

(1) Estas notas han sido entresacadas de la novela *Un perdido*, que publicará próximamente Eduardo Barrios y que, según quienes la conocen, apasionará al público. Una cuarta parte, más o menos, de esta novela ocurre en Iquique. El autor, antes que dar un capítulo que, como fragmento de un todo indivisible, a pocos interesaría, ha preferido desglosar siquiera estas visiones de una región poco descrita en nuestras letras.

hacinamiento de cajones pringosos que los cien navíos surtos en el puerto hubiesen vomitado, a prisa y sin orden, de sus bodegas húmedas a la playa amarilla.

Ya en tierra fué modificándose algo su impresión.

—¿Ves?—le observaba el comandante.—No será estético; pero feo, lo que se llama feo, no es tampoco. Bulle la vida.

Rodaban dentro de un landó limpio y muelle. Se deslizaba el carruaje sobre las calles sin pavimentar, de una tierra dura y sorda. Pasaron un barrio comercial de viandantes afanosos, una plaza con jardines enrejados y opacos y en medio una gran torre de madera color de crema y azúcar, luego una calle ancha y recta, orillada por casitas de tonos alegres y corredores en el frente; doblaron en seguida por una callejuela raquítica, de ace-ras entabladas y casucas miserables; siguieron al flanco de un tranvía de caballos en otra vía holgada; y al fin se detuvieron a la puerta del cuartel de infantería.

.....

—Linda, la playa en estas mañanas frías.

Tan cerca orillaban el mar, que a menudo las patas de los caballos quedaban sumergidas en las olas que hasta más afuera tendían sus láminas efervescentes.....

Los cascos de los caballos que les precedían dejaban huellas hondas que llenábanse de agua, del agua tan fría y cristalina que rezuma la arena en la playa al ser comprimida; en la densidad del aire neblinoso, el estrépito del mar moría, como ronquido entre plumas; y sobre las olas que ya de vuelta se internaban, las rachas bajas rasgaban la espuma, cual si esquifes invisibles sobre ellas patinasen.

Todo el resto del golfo, hasta Cavancha, lo anduvo Lucho solo, a la zaga de los oficiales.....

Habían llegado a los ranchos de pescadores con que principia el caserío de la península, y los tenientes chanceaban con los mocetones que de un bote recién varado desbordaban la red llena y olorosa. De entre los frenos tascados sin tregua, del cuerpo todo de las bestias salía un vapor azul y un olor que

ensuciaba el aroma limpio de los peces. El botín iba extendiéndose sobre la arena oscura, lento y pesado, semejante a un tesoro de plata que se derrumba y resbala suave y sin ruido. Unos ágiles y saltantes, gordos y asfixiándose otros, los peces rebrillaban frente al mar, cuyo lomo henchíase también escamado de luz como el de otro pez enorme que respirase.....

Y repechada la breve gradiente de la playa, los tres jinetes tomaron el camino, ancho, plano y negruzco, hacia Iquique. Galoparon próximos a la pista de peatones, cuya cinta, blanca de conchuela molida, se desenvuelve en invierno bajo el cielo informe y gris, para insinuar mejor la curva regular y abierta del golfo y hundirse al cabo en la ciudad envuelta en bruma.

Poco después, acodados cada cual en su propio balcón, Blanco y Luis reposaban el paseo, fumando. La vista de ambos perseguía los trenes que durante la mañana, uno tras otro, suben a la Pampa cargados de carbón y mercaderías, para bajar todos en la tarde repletos de salitre. Ese baluarte rojizo cuyo límite altísimo se borra en la niebla azul, muestra en los tres tajos en zig-zag que empotran al cerro la línea férrea, el secreto del páramo. Esos trenes que de abajo se ven deslizándose pequeños, negros y silenciosos como gusanos de humo, bajan el tesoro del desierto candente, áspero macho del orbe, cuya entraña espléndida esparce la fecundación a todas las tierras madres, por viejas y cansadas que la codicia humana las rinda; esos trenes suben la manufactura que enriquece a los ciudadanos laboriosos; ellos arrastran también la miseria del paria, sin cesar de abajo arriba y de arriba abajo; y también vuelven colmada la hartanza del millonario que amasó ya la soñada cifra de seis ceros y que parte, él sí, al disfrute en regiones más regaladas, frescas, verdes y placenteras.....

.....

Luego, a insinuación de Lucho, decidieron entretener la mañana recorriendo los malecones y algunos vericuetos del puerto.

Ardía bajo el sol de Enero la esplanada que se extiende entre el muelle de pasajeros, el edificio color de sangre seca y

con ventanas blancas, de la Aduana, y la fila de casas proveedoras de navíos, todas de tonos oscuros y sucios. Carretones repletos, peones sudorosos, jadeantes bestias, impasibles guardias de la policía marítima, empleados que corrían con pólizas y «conocimientos», todo un hormiguero afiebrado que gritaba, reía blasfemias y alzaba nubes de polvo y pajas picadas, bullía entre los bultos multiformes, las calderas rojas de azarcón, los barriles de brea y los fardos fétidos de humedad y podredumbre. Sobre el suelo blando, las ruedas pisaban sordo; se oía sólo el chirriar de sus ejes, el resoplar de las mulas, los denuestos de los carreteros y el chasquido de los látigos. De todo ello ascendía, con el calor, un vaho sofocante. Uniformándolo todo, un color amarillo de arena candente dominaba, e irritaba la impresión de áspera rudeza y de penoso esfuerzo. Y en los ojos ardía la visión tórrida; lastimaban las retinas los reverberos blancos de los ingleses vestidos de brin; el polvo salobre reseca las narices y ponía espuma en los labios, y el sudor caía de los tafiletes de los sombreros caldeados por el sol.

—Caminemos cerca del mar.

—Sí; es más limpio y hay más brisa por ahí.

Tomaron el canto del malecón. La piedra asoleada les quemaba las plantas de los pies; pero al menos del agua verde, espejeando abajo, a la izquierda, subíales una sensación de fresca y alivio.

No tardaron, empero, en hallarse envueltos en la vorágine de faenas febriles. Por encima de sus cabezas, los brazos gigantes de los pescantes balanceaban racimos de hierros, líos de fardos, grandes atados de cajoncitos claros y flamantes. El estrépito de los motores, de las cadenas que se desenrollan y de los pitos que taladran los tímpanos les ensordecía, obligándoles a marchar callados. Mirar, sólo mirar, con los párpados fruncidos por las ascuas que el sol encendía en cada bronce, en cada cristal, en cada superficie pulida. Aquí, un contramaestre con el clásico traje azul de dorados botones, la pipa tostándole el bigote caído como los colmillos de una foca, la cadena de plata y el chelín colgante en el chaleco; al pie de las grúas, vendedores de mote con huesillos, que refrescaban los gazona-

tes de la peonada; entre las montañas de cajas o de pasto aprensado, venteras pringosas con grandes sombreros de paja, friendo pescado, guisando picantes, voceando bebidas heladas, «bien fresquitas»; bajo los galpones de la Aduana, los despachadores, casi lujosos, también trepaban sobre los cerros de mercadería, para encontrar la marca indicada en la póliza que en la diestra revolaba al viento; a la izquierda, siempre el mar, que late, que chapotea sus aguas turbias, con botellas semi-hundidas, tablas deshechas y natas de aceite; y a todo lo largo del cantil, lanchas, grandes lanchas negras y chatas, y sus cables enormes, ya tensos desde las proas hasta las boyas, desgranando guirnaldas de gotas cristalinas, ya sumergidos de nuevo, tras pesado azote, empalidecidos bajo el cristal verdoso. Era un conjunto frenético, incendiado de afanes, hirviendo como la entraña de un crisol que funde oro, y más oro, y más oro, para derrochar muy pronto, en seguida, en los bares sórdidos, en los restaurantes que avanzan como aldeas lacustres sobre el mar, en los burdeles rojos de felpas y multiplicados por los espejos en perspectivas de locura.....

.....

EDUARDO BARRIOS.

EL ASNO

En la dehesa sátiro, en el corral asceta,
paciente como Job, como Falstaff deforme,
con gravedad de apóstol, sobre la frente quieta,
lleva los dos apéndices de su cabeza enorme.

Ni la hartura le halaga, ni el ayuno le aprieta,
con su destino vive, si no feliz, conforme,
y prolonga su efigie de contrahecho atleta
en una innumerable generación biforme.

Vivió noches amargas, tuvo días lozanos;
le cabalgaron númenes, le afligieron villanos;
unas veces la jáquima, otras veces el freno.

Honores y trabajos tiempo ha los dió al olvido,
pero siempre recuerda su pellejo curtido
la presión inefable del dulce Nazareno.

JULIO VICUÑA CIFUENTES.

VISIONES DE ARTE

I

El día de mi excursión por este barrio macilento de Bruselas, la bruma sombrea con un desolado color sepia, la casa centenaria en cuyas salas viejo régimen se bailaba alegremente, hace un siglo, mientras a lo lejos proyectábase de nuevo aquella silueta que dejaba en la sombra todo el resto de la Europa... Napoleón avanzaba de nuevo con las manos a la espalda, mirando en el blanco de los ojos a los monarcas coaligados.

Calado por la lluvia, recorría su campamento con una linterna en la mano.

Entraría de buena gana a esta casa cantada por Byron y en los umbrales de cuya puerta dijeron ¡hasta luego! y besaron por última vez la mano perfumada de las damas los que partían a combatir y a morir: parece abandonada desde aquella noche radiante en que el Príncipe de Orange pasa a Wellington, al ofrecerle el brazo a la duquesa de Richemont, el parte en que el jefe del Estado Mayor holando-belga avisa con sobresalto que el Corso vivaquea frente a Quatre-Bras.

El portón gemebundo, ligeramente entreabierto, deja oír un coro de expósitos que, dirigidos por un salesiano, entonan junto con el órgano y la tarde que llega, el *Ave María* de Schubert.

Quatre-Bras y luego Watterloo, empiezan, pues, aquí, en

esta puerta que ahora deja oír cantos de huérfanos y de la cual partía al amanecer el duque de Wellington.

Cuando se extingue el *Ave María* y casa y calle tornan a quedar en silencio, empiezo a hacerme reproches benévolos— ¡reproches a mí mismo, al fin de cuentas!—por no haber visitado el cercano campo de batalla.

II

El reloj de Notre-Dame du Sablon da las ocho y media de la mañana y el mayoral del *mail coach* que conduce a los viajeros, saca su reloj, coteja pericialmente la hora y su cara, que no es la de un vegetariano, dice con voz, que no es la de un abstinente:

«—Allons, monsieurs»...

Suena una trompeta, que tal vez ha figurado honrosamente en los coros de *Aida*, muy conocida de la hampa de pilletes que alegran la Place Royale y que viene todos los días a dar la partida al *mail coach* con aspecto de carro alegórico que parte al fin solemnemente.

Un momento después el *mail coach* hace su entrada al bosque de la Cambre, que no tiene el encanto de los paisajes galantes del siglo XVIII porque en él la gracia se ha transformado en lo severo y grandioso.

El cochero monumental avanza precavidamente entre una multitud de bicicletas y motocicletas; pero no por esto el bosque de la Cambre deja de recordar que un día, camino del norte de la Europa, lo atravesaron los legionarios de Roma que venían de conquistar la Galia.

Hay algo de gótico en este bosque que hace comprender sin dificultad la leyenda, poblada de mujeres intangibles, en que se ha nutrido el drama lírico de los pueblos del norte.

Una voz cambroniana interrumpe el silencio anglo-sajón de nuestro «*mail coach*». Es el mayoral fornido que, levantando en alto su fusta a lo Turiddo, advierte que hemos entrado al

bosque de Soignes, del cual forma el de la Cambre sólo un trozo desprendido del núcleo primitivo.

Fonógrafos, bicicletas y parejas de enamorados sospechosos, hácese más raros y ya en plena «foret» impera uno de esos silencios que no es fácil interrumpir: está impregnado de solemnidad y a la inversa del de la ciudades, el que reina en la foret de Soignes, daría tiempo para pensar en cosas serenas, sin la inquietud rastrera de lo cotidiano... Todo el mundo calla acaso porque sólo lo pequeño merece comentarios o elogios que, dentro de los medios de resonancia y difusión de la vida de hoy, muy pocos saben cuando son justos o exactos. Sólo lo auténticamente grande, en efecto, puede ahorrar aplausos y demás baterías prodigadas a veces hasta lo tóxico.

Siento la sensación de misterio que este silencio fecundo produce en mi vecino, que carga su pipa transatlántica sin quitar los ojos del paisaje. Pertenece a una raza ajena a las irrupciones verbalistas que debilitan toda acción tenaz. Es una pequeña isla olor a tabaco. Es un inglés.

El día abre un poco y bastaría una estatua de mármol perdida en la espesura para renovar leyendas que en sitios como éste no son una fantasía sino algo inseparable del sitio mismo. Pero pasa una motocicleta que parece artefacto de herrería, apostando carrera con un taxi chancletudo, y la majestad del bosque aparece momentáneamente ultrajada.

Las ciudades congestionadas entregan hasta sus bosques, en que nacieron juntas la historia, la leyenda y la música, a las tarifas a tanto la hora, y en el mismo sitio en que Ruysbroeck, que es acaso el pensador que más ha influenciado a Maeterlink, escribió «*L'ornement des noix spirituelles*», se ha construído un restaurant a la carta...

Donde Ruysbroeck soñó, pues, muchas de esas cosas, que según Carlyle, no pueden, por fortuna, ni expresarse ni hacerse ver, hierven en una misma olla algunos de los personajes de La Fontaine,—los más sabrosos e inofensivos, naturalmente.

El mayoral levanta de nuevo la fusta con más solemnidad que nunca, y deteniendo con gesto autoritario los caballos se vuelve

para que todos le oigan bien porque es muy importante, aunque dicho en un francés de caballeriza rural, lo que va a decir:

—A la salida del bosque se hará alto para tomar «quelque chose»...

III

Los cascos de las cabalgaduras golpean vigorosamente este suelo resonante, que es un pedazo de la historia universal.— Se siente un «trac» profundo que advierte, acercándose a regiones inexploradas de la sensación, que se está en un escenario silencioso, en medio del cual resurge aquella figura enigmática, vestida de gris, que marcó el mundo con su huella indeleble.

A riesgo de impacientar a mi vecino impasible, me levanto a cada momento, como si en medio de la luminosidad dorada del día, pudiera descubrirse aun aquella silueta que enfocó la tierra entera con su antejo de guerra... Y reaparece en la memoria deslumbrada el Napoleón a lo Esquilo, del Canto III del *Childe Harold*; el de Chateaubriand, en cuyos nervios había neurastenia suficiente para aprovisionar toda la literatura posterior; *l'empereur* fulgurante de Víctor Hugo; el de Taine, desbordando pertinaces atavismos del Renacimiento; el de Carlyle; aquel en que Nietzsche reconoce al arquetipo del Super-Hombre; el de Stendhal, cuyo Julián Sorel caracteriza el orgullo impotente e indomable a la vez; el de Balzac, que adivinó que la democracia y el gobierno representativo forjarían y multiplicarían hasta lo infinito el arrivismo, en detrimento de las individualidades poderosas; el de Alfredo de Vigny, es decir, el del diálogo shakespereano entre el Santo Padre, fuerza secular que todavía resistía a Bonaparte, fuerza nueva; el de Barrès, el de Rostand, el de Anatole France .. Reaparecían todos al acercarme a aquel terreno en que la estación suspende en el oro perfumado de las gavillas la púrpura sedosa de las amapolas.

—Por lo demás,—pienso avanzando entre nubes de polvo y evocaciones,—aunque no existiera el fasto político y militar que colaboró de una manera fundamental a la Emancipación del Nuevo Mundo, el hecho psicológico evidente es que Bona-

parte, como fuerza y acción individual, ha fomentado actividades y quimeras fuera de toda medida: es el animador de una época, de una era, políticamente, contraria a las grades individualidades.

Estamos frente a la iglesita que desde lejos parecía tantas cosas inexactas, disfrazadas por la distancia,—elemento constitutivo de la poesía y la mentira...

IV

Conste, pues, que un viajero incógnito y que cree que es más grato y más intenso pensar que escribir, ha venido escapado a pasar en jumento o en carretón de alquiler por este campo ondulado y con fama de ser de los más trigueros de la comarca.

A la vera del camino, está la «ferme du Caillou» donde pasó el Emperador su última noche de coloso. Horas después empezaba la tragedia de la caída y de la desaparición del que había envuelto con el friso frenético de las cargas de su guardia, el Continente hecho girones.

Unas cuántas cuadras más allá de la puerta en que un pa-lurdo lima las púas de su arado, cayó Napoleón y la Revolución ecuestre, por él erguida y agigantada, quedó momentáneamente despedazada y sin caporal.

A la «ferme du Caillou», llegó la noche del 17 y tal hombre, calado por la lluvia, en medio de la tormenta, entre las sombras y montado en el famoso jumento blanco, es algo que desborda la realidad, invadiendo el dominio de lo extraño.

El Viejo Mundo, libre de las dos manos que lo habían aferrado por los flancos opuestos de Rusia y España, iba a volver ya al régimen del absolutismo legitimista y, entre tanto, el Emperador se seca al amor de la fogata y se queda con los brazos cruzados, la barba sobre el pecho, cerca del corazón y la vista inmóvil, perdida en un punto indefinido. A su lado hay una mesa, sobre ésta un mapa y sobre este mapa, una espada y un luz.

Cercana la media noche, dicta el plan de batalla; piensa en París, lleno de conspiradores, exitistas capaces de pasar con

las casacas dadas vuelta de un régimen a otro; piensa en Wellington que está al frente cerrándole el paso con sus soldados rojos que dormitan entre las mieses empapadas; en su hijo que no ha vuelto ni volverá a ver; en el Imperio desgarrado que se desprende de sus manos pequeñas y finas que habían hecho cuartos el mapa europeo. Es el insomnio formidable de la víspera de Waterloo.

Duerme un instante; pero lo despierta la idea de que Wellington no presente batalla, prefiriendo juntarse con Blücher más allá de Bruselas. Sale, deseoso de cerciorarse de que está rodeado de la guardia que dormita echada sobre el barro. Lo sigue un solo mariscal: el que después habría de acompañarlo hasta la muerte.

Su guardia, la que al día siguiente a la oración va a formar el cuadro funeral, está hecha a verlo pasar como una sombra, entre la lluvia, con un farol en la mano, seguido de un mariscal soñoliento, en medio del silencio.

Avanza hundiendo sus botas en el campo empantanado.

Se detiene, escucha, calcula, midiendo la extensión de las fogatas que al frente de él cortan la extensión poblando las sombras.

Vuelve contento a su campamento. Sus soldados reconocen al que cruza junto con las primeras luces del alba y el «¡Vive l'empereur!», que es el grito personal que enciende toda la epopeya, se extiende siguiendo las filas amontonadas por el sueño antes de serlo por la muerte.

Creía tener conquistada de nuevo la victoria; pero la lluvia de la noche antes, obliga a postergar el comienzo de la batalla y a reformar el plan dictado a los mariscales de mal humor a la luz de la vela, la fogata visionaria y la esperanza.

A las ocho de la mañana del día de la batalla, el emperador calma la inquietud de Ney, alarmado ante la idea de que Wellington no presentara combate.

«Ha tirado los dados y, si mis órdenes son bien ejecutadas, esta noche dormiremos en Bruselas.»

Antes de las once, monta a caballo y se eleva sobre una pe-

queña altura enmarcada por el cuadro reposante de la cosecha madura.

El ejército empieza a tomar sus posesiones de combate alrededor del animador impassible.

Los regimientos que en otras jornadas cargaron con Murat a la cabeza, pasan con las espadas desnudas apuntadas hacia la altura de pedestal, en que se alza solo e imperturbable el antiguo conocido de la esfinge y las pirámides.

El sol llega a dorar el campo vestido de espigas maduras y la luz centellea sobre esta masa triunfal que al anochecer de ese mismo día formará el tropel perseguido sin cuartel a la luz visionaria de una luna de plenilunio.

Pasan las águilas que habían aferrado entre sus garras las cruces de todos los campanarios espaciados entre Lisboa y Moscú; pero el emperador impassible que al desfilarse los estandartes se descubre mostrando el mechón que cruza su frente imperial, ya no es el mismo Bonaparte ágil y nervioso de la tarde azul de Rivoli, tarde llena de banderas salpicadas de sangre, que desplegaba ante el vencedor la brisa venida de los Alpes nevados.

Clarines y trompetas rememoran de paso las victorias a hora fija de otros días, y según cuenta la tradición, mientras las bandas entonan el himno al imperio, el emperador deja caer la cabeza sobre el pecho blasonado con la gran cruz de la Legión de Honor y dormita para despertar de nuevo cuando avanza la masa clamorosa de la vieja guardia a caballo.

El trigal lleno de espigas en que se han prendido las amapolas rojas, vibra al eco de los tambores; el emperador se estremece y de sus labios finos y sin sangre parece que va a escaparse la frase breve y altanera:

«Soldados, estoy contento de vosotros.»

V

El pobre carricoche de mi excursión tropieza con algo que lo detiene. ¿Será algún montón de armas y huesos sacados a la

superficie por la faena agrícola? Es un arado primitivo clavado de punta en la tierra.

El carricoche sigue su camino a campo travieso, y el wallon de los zuecos llenos de paja, dice medrosamente:

—Hougoumont.

Se ha descubierto y me sigue con la cabeza inclinada y el sombrero entre las manos. Recuerdo los labriegos de Millet.

Reina un silencio de campo santo, en toda la comarca.

La puerta, ni cerrada ni abierta, deja libre la entrada a un patio rectangular, en medio del cual hay un carro lleno de paja y debajo un perro.

A un extremo, el pozo. Cegado hasta muy arriba, quedó, desde el día de la batalla, convertido en una huesa ante la cual se santigua mi acompañante.

—Qui est-lá?—pregunta el *fermier*.

Me reconoce, comprende que se trata de un curioso y se dispone a ultrajar con sus verbosidades de propina la solemnidad sobrecogedora del sitio.

Abre una puerta y aparece la capilla vacía, desgarrada y sobre el altar fusilado una y otra vez ¡la tarde del ataque, una Virgen de madera muestra otra de las víctimas del día implacable: un Dios-niño decapitado.

Paso ante el «Aguila herida», en cuyo pedestal hay un verso de Rostand. Lanza su postrer zarpazo sobre el sitio mismo en que el emperador atravesó, para contener el desastre, el rectángulo feudal de su Vieja Guardia. Está llena de violetas y rosas de Francia.

Más allá se alza la Haye-Sainte, sobre la cual se lanzó Ney una y otra vez a la cabeza de catorce o quince mil jinetes habituados a rematar sus cargas en las capitales enemigas. Renovaron esas cargas las estupendas aglomeraciones de las luchas primitivas y la figura del mariscal desmontado y arremetiéndolo con un pedazo de espada los cañones ingleses, es tal vez única como movimiento escultórico:

—Venid a ver cómo muere un Mariscal de Francia.

Pasadas las seis, como quien dice la hora undécima, la

Haye-Sainte cae en poder de los franceses y «la línea enemiga parece quebrantada».

Wellington saca entonces su reloj, como dos días antes al amanecer del baile de la duquesa de Richemont:

—«Es necesario que lleguen Blücher o la noche».

Llegó el primero y con él el derrumbe del imperio democrático y de las cuarenta victorias que lo sostenían.

VI

Regreso, al parpadear el día, al pueblecito de Waterloo, la torre de cuya iglesia llama a la oración.

Quisiera volver a deshoras a aquel patio rectangular en que hay un pozo de pupila ciega y un perro de ojos fosforescentes.

La conseja local asegura que en las noches de plenilunio, aparece el Emperador pasando revista de fantasmas a los coraceros, granaderos, lanceros y dragones de las postreras cargas de Ney.

E. RODRÍGUEZ MENDOZA.

Bruselas, Junio de 1914.

EL DESPERTAR DE UNA RAZA

¡Alumbrad las tinieblas de los siglos
con vuestro pensamiento! Despertad
de su sueño letárgico a una raza
que moribunda va
por la medrosa noche de sus selvas
buscando su ignorado manantial.
Encended en su pecho,
arrecido en el odio secular
de la guerra que en él fué acumulando
toda la negra lava de un volcán,
encended la celeste llamarada
del amor, que es a un tiempo lumbre y paz:
él ha de iluminarle el firmamento,
y hogar y patria y gloria le dará.

Vibre en su corazón adormecido
el himno matinal
de la fe, que es aurora en el sepulcro,
y en la vida, expansión y libertad.

¡Pobre raza! que llevas en tu mente
la sombra. Dios hará
que en tu lóbrego abismo se derrame
la cascada de luz de un ideal.

Tu vida en el pasado fué un violento
fragoroso huracán
que rafagueaba airado entre las níveas
cumbres andinas y el hirviente mar.
Tu espíritu ha de ser en lo futuro
un prolífico aliento germinal
que infunda savia nueva en viejos troncos,
y un nuevo ambiente a Arauco envolverá.

No en tus soleados campos ni en las breñas
del verdinegro, hirsuto matorral
vuelva a rugir amenazante y fiero
tu malón belicoso. El montaraz
aullido de los ecos vengadores
no debe ya turbar
el augusto silencio de los bosques
donde duerme el misterio de otra edad.

Alcemos en los llanos florecidos
de gloriosos recuerdos, el vivac
donde acampe sus huestes misioneras
la civilización, cabe el altar
grandioso de la patria, coronado
por la cruz como lábaro triunfal
y ara de redención que lleva a cuestras
la errante humanidad.
La cruz cierra la tumba del pasado
y abre un nuevo horizonte, un alborear
perenne, más allá de aquellos soles
donde la luz se engendra; más allá.

Cuando la luna extiende
por los montes su blanca soledad
surgen de los barrancos los espectros
de aquella lid tenaz
de tres siglos. Y vagan pensativos
unidos en abrazo fraternal

el impetuoso hidalgo castellano
con el soberbio toqui, como van
de norte a sur mirándose abrazados
enhiesto el Andes y potente el mar:
ambos a dos contornan esta tierra,
que habrá de ser quizás
matriz donde se plasma con la raza
el genio prócer de una nueva edad.

F. A. CONCHA CASTILLO.

EL CONCEPTO DE LA CONCIENCIA COMO EPIFENÓMENO (1)

(Segun Le Dantec)

El hombre no es más que un simple accidente funcional, determinado a su ascendiente hereditario, que ha registrado todas las adaptaciones necesarias en su organismo. En él no se dan comienzos absolutos, sino una regular continuidad ancestral que le determina como un fenómeno entre millares de fenómenos similares. Sin embargo, el hombre pretende ser libre y escapar a la subordinación que le impone el mundo físico; pretende colocar su vida fuera de la tiranía de las leyes regulares de la naturaleza, asignándose un carácter de elección sometido sólo al poder de una voluntad superior a la suya. La antigua creencia en un principio inmaterial regulador de las acciones humanas; la fe en el alma de los antiguos, bastaron para confirmar esta pretendida superioridad de la que el hombre no podía menos de vanagloriarse sobre el resto de los seres vivos. A ese principio de conocimiento inmanente, a esa facultad superior le concedía el hombre una finalidad superior que si por una parte contrariaba todo principio de equilibrio natural, por

(1) Fragmento de la conferencia que, a raíz de la muerte de Le Dantec, dió su autor en el Salón de Honor de la Universidad.

otra bastaba a satisfacer sus inquietudes. Si a un hombre del siglo dieciséis, después de leer la Suma Theológica de Tomás de Aquino, le hubiera sido dable conocer una definición tan simple y exacta como la siguiente de Le Dantec: «Un ser vivo es un espacio limitado en el cual se verifican ciertos fenómenos en ciertas circunstancias», no habría vacilado en creer que quien tal afirmaba no podía menos de haber perdido la razón, porque ¿acaso no era más sencillo concebir la historia de la vida y explicarse el problema de la libertad humana, como los de una creación total superior y de una virtud dependiente de una facultad absoluta?

Pero la ciencia ha progresado tanto desde Lavoisier hasta nuestros días que es posible estudiar el fenómeno vital sin necesidad de recurrir más que a lo accesible y mediato. Los fenómenos vitales como los fenómenos síquicos pueden ser susceptibles de medida y si por el momento la ciencia es impotente aun para conocerlos en toda su extensión, día llegará en que sean del absoluto dominio de sus disciplinas. Sin embargo, no faltan los enemigos de la ciencia que, no con formándose con la negación de toda voluntad superior y de la existencia del alma, crean también que, al negar esta última, la ciencia ha negado la conciencia misma, con lo cual se creyó dar un golpe de muerte a la filosofía científica, pensando limitarle toda representación clara de algo que era tenido como totalmente ajeno a las funciones fisiológicas. Sin embargo, con claridad asombrosa, Le Dantec, ha afrontado el problema diciéndose decidido partidario de la teoría de la conciencia epifenomenal.

Todo lo que pasa en nosotros, nos dirá, las reacciones químicas que se traducen en fenómenos fisiológicos, va acompañado frecuentemente de epifenómenos síquicos. Si esto sucede, cabe preguntarse ¿es la conciencia una propiedad general de la materia? Le Dantec limita el alcance de esta pregunta asegurando que sólo es posible aventurar hipótesis al respecto aun cuando la fisiología se empeña en demostrarnos que todo fenómeno psicológico no pasa de ser más que un epifenómeno que acompaña a un fenómeno físico, que no lo influye en manera

alguna, y que todo lo que pasa a nuestro alrededor «pasaría exactamente lo mismo si los cuerpos químicos y biológicos tuvieran *todas* las propiedades que en ellos conocemos, menos la de la conciencia».

Luego la conciencia para Le Dantec no es más que un simple epifenómeno, que no modifica de manera activa el fenómeno fisiológico que acompaña: «Cuando habiendo remontado toda la escala de los seres llegamos a nosotros—escribe Le Dantec—observamos que muchos fenómenos fisiológicos, absolutamente comparables a otros de la misma naturaleza observados en animales, van acompañados en nosotros de epifenómenos de conciencia, pero si hemos seguido la marcha científica ascendente, el determinismo fisiológico resulta establecido para nosotros de manera definitiva y nos limitamos a afirmar que los fenómenos van acompañados de epifenómenos, sin pensar en preguntarnos si los segundos por su naturaleza pueden influir de algún modo en los primeros».

Mientras la estructura del sistema nervioso varía, varía también el epifenómeno de conciencia. Si la conciencia no tuviera este carácter epifenomenal es claro que subsistiría hasta más allá de los trastornos fisiológicos; entretanto, podemos advertir que mientras varía en esos diversos estados sucesivos sólo la memoria sigue siendo la causa de unión y de continuidad. En cambio, es fácil advertir que, a determinado fenómeno fisiológico lo acompaña el mismo epifenómeno de conciencia, como si este último derivase de aquel. ¿Por qué durante el sueño no existe continuidad en la personalidad síquica? ¿Por qué cada día, al despertar, seguirán a análogos fenómenos fisiológicos los mismos epifenómenos de conciencia? ¿Por qué razón una modificación fisiológica cualquiera, durable o definitiva, puede traer, como sucede en un estado de locura, la sensación del epifenómeno de conciencia?

La personalidad consciente es, pues, correlativa de la estructura del sistema nervioso: una modificación de éste la hace variar al momento, así sea en el sueño o definitivamente, durante el estado de locura; y cuando «cesa la coordinación nerviosa parece la personalidad síquica, muerte psicológica que acompa-

ña a la muerte fisiológica». Si esta conciencia asiste impotente al funcionamiento del mecanismo transformador, el mecanismo será lo importante, lo fundamental, ya que aquella está subordinada a éste y no se introduce en él nada nuevo.

¿Dónde comenzará entonces la individualidad consciente? ¿Acaso en el protozooario? He aquí una pregunta, afirma Le Dantec, que se pierde en las probabilidades de la hipótesis y que no es accesible para nosotros, pues no es del dominio de la medida científica de que disponemos. Únicamente nos es dable afirmar que en nosotros al menos los fenómenos fisiológicos van acompañados frecuentemente de epifenómenos síquicos y no sabemos en realidad si éstos existen fuera de nosotros, «si corresponden a una propiedad especial de las sustancias plásticas o a una de la materia en general». La individualidad síquica es el resultado del epifenómeno que acompaña a la memoria y cesa con la vida fisiológica. Sólo nos es dable comprobar que en el hombre vivo no existe una entidad independiente de su mecanismo corporal sino que toda su determinación de obrar está ligada a modificaciones de la sustancia: «los razonamientos y las determinaciones de obrar que se manifiestan en la mentalidad de un hombre no son más que reflejo interior de movimientos físico-químicos del cerebro, que están sometidos al determinismo universal».

A su vez el fenómeno de conciencia no es más que un fenómeno de conjunto, la síntesis de un gran número de fenómenos elementales que es posible estudiar aisladamente: nuestra sustancia cerebral está dotada de conciencia en sus elementos constitutivos. Y como los elementos que constituyen el cerebro del hombre son el carbono, el ázoe, el oxígeno, el hidrógeno, o sean los elementos ordinarios de la química, podremos admitir que los elementos de las sustancias brutas tienen su conciencia elemental. Si se considera, pues, dotados los átomos de una conciencia atómica fija, que no se manifiesta más que en el momento de los cambios intra-moleculares, es lógico establecer un paralelo entre la construcción física del cuerpo humano y el establecimiento concomitante de la conciencia.

Si existen elementos de conciencia en las fusiones que constituyen la más elemental unidad de la escala atómica y molecular, y si el átomo no es más que una realidad apreciable de esas fusiones, podemos concebir la representación de una síntesis de estados de conciencia: «Ignorando de qué naturaleza son exactamente las fusiones características que unen las diversas partes del cuerpo protoplasmático—dice Le Dantec—es posible concebir que estas uniones, siendo de las dimensiones de aquellas que tienen un elemento de conciencia, determinen, en cierto modo, una síntesis de partes parciales de conciencia del protoplasma». De tal manera que, en lugar de una coexistencia de conciencias aisladas, dependientes de cada fusión, se produce una síntesis correspondiente a cada estado o variación protoplasmática. No existe despertar de estados de conciencia en cada momento, sino que cuando se producen variaciones que corresponden a adaptaciones sucesivas del organismo. Así, pues, a la unidad objetiva que se da a cada instante como resultado de las relaciones particulares de fusión entre las diversas partes de un cuerpo protoplasmático continuo, corresponde cierta unidad subjetiva que no es posible comparar a nada y que conocemos solamente porque se manifiesta en cada uno de nosotros bajo la forma de lo que denominamos nuestra conciencia individual.

Indudablemente que esta teoría biológica de la conciencia, formulada por Le Dantec, no basta para satisfacer ciertas reservas que han sido causa de serias controversias entre los psicólogos contemporáneos. ¿Será posible aceptar la hipótesis de la síntesis de conciencia como se acepta la de la síntesis química, que sabemos compuesta por elementos mecánicos que tienen su valor y son susceptibles de ser medidos? Si concebimos la conciencia como una síntesis semejante nos encontraremos ante la primera limitación de que sus elementos sólo se dan en la síntesis pero no aislados. Tomando el caso de una simple sensación ¿sería dable descomponerla en los elementos que han concurrido en ella: las impresiones inconscientes y los hechos únicos que han motivado la síntesis mental?

Cada hecho de conciencia es de por sí complejo y escapa a toda medida posible; lo que le caracteriza es su valor de síntesis, de totalidad; o, como dice Dwelshauvers, «su unificación en la vida»; su unidad y su continuidad.

ARMANDO DONOSO.

EL AÑO DIPLOMÁTICO

La política internacional chilena ha tenido, como la de todos los países caídas y triunfos.

¿Hay conveniencia pública en que se ignoren los nombres de los que han causado las primeras y los nombres de los que han alcanzado los segundos?

Los artículos de esta Sección, escritos por quien ha penetrado el misterio de nuestra diplomacia, levantarán hasta donde sea patriótico hacerlo, el velo que sigue cubriendo las figuras de unos y otros, de los incompetentes y de los hábiles.

I.—CHILE Y LA NEUTRALIDAD

A pesar de los finos y suavemente amenazadores consejos de quienes estiman conveniente la ruptura de relaciones de Chile con Alemania, nuestro Gobierno ha persistido en su resolución de permanecer, frente al conflicto europeo, en la más estricta y franca neutralidad. La opinión pública, serena y consciente, lo acompaña en el cumplimiento de este elevado deber, cuya manifestación oficial está en las notas del Ministro Huidobro. En ellas se exponen, con frases tranquilas y claras, los ver-

daderos sentimientos nacionales, las simpatías de Chile por el Brasil, los Estados Unidos, Bolivia, en una palabra, por todos los países hermanos, simpatías que han de impulsarnos a estrechar los lazos de la solidaridad americana, pero no a desconocer, de modo alguno y por ningún motivo, los preceptos del Derecho Internacional existente.

Chile mantiene inalterables sus simpatías por los países hermanos, pero no saldrá de su neutralidad ni por consideraciones de afinidad racial, ni por promesas o amenazas, sino por alguna de las razones que para ello tuvo el Brasil, por ejemplo, o sea, por algún acto de los beligerantes que hiera la dignidad o ataque la independencia de la nación. El sentimiento público chileno es, pues, el que dejamos indicado. El Ministro Huidobro supo interpretarlo en sus notas, y el Presidente Sanfuentes ha sabido amparar, con toda entereza, las declaraciones de su Ministro. Así, la neutralidad de Chile, que, por serena y amplia, respeta la manifestación de todos los entusiasmos, sean aliadófilos o germanófilos, se debe a la armonía de la opinión del pueblo con la del Gobierno y no como lo ha pretendido, con risible vanidad, el representante de un país vecino y también neutral, a la imposición de la cancillería de su Gobierno. La política internacional chilena no está, como antes, en manos débiles; quien la dirige lo hace teniendo en cuenta los más vitales intereses del país, los que conciernen a lo futuro. Su espíritu no será, seguramente, influido como el de Errázuriz, por las promesas del Estrecho ni como el de Montt, por los halagos de Buenos Aires.

II.—CHILE EN AMÉRICA

La unidad de acción que advertimos en el manejo de nuestros negocios internacionales se evidencia también en el reciente envío de representantes diplomáticos a las principales nacionales sudamericanas. Se ve que el intento del Gobierno es salir de la apatía, trabajar, recuperar, si es posible, el puesto que tenía Chile hace cincuenta años, cuando su diplomacia era la

primera de América, la diplomacia de Bello y sus discípulos don Manuel Antonio Tocornal y don Miguel Luis Amunátegui; la diplomacia de Santa María y sus colaboradores don Luis Aldunate, don Francisco Valdés Vergara, don Luis Barros Borgoño. Con este fin, se han creado legaciones en Méjico, Venezuela, Uruguay, Ecuador y Colombia. Se va a la realización de un plan detenidamente estudiado; tendremos una política internacional, un rumbo.

Con el envío a Madrid del señor Fernández Blanco, hombre de criterio sereno y de experiencia, se dispondrá de una fuente de informaciones libres de las influencias del ambiente parcial, del de Londres, París, Berlín o Roma, informaciones que de seguro impedirán que el Gobierno se deje influir por las nerviosidades del cable, y que le permitirán seguir la línea de acción internacional que se ha trazado, sin sentirse entorpecido por los descuidos ni las precipitaciones de los representantes del país en el extranjero; descuido en considerar las conveniencias de la nación, como ese de Rivas Vicuña al enviar ingenieros japoneses para que tomen aquí negocios mineros y preparen la inmigración nipona, que nadie reclama; y precipitación en aconsejar medidas de excepcional importancia, como esa imperdonable de Villegas al pedir, un mes antes de la actual ofensiva austro-alemana en Italia, que Chile rompiera su neutralidad en vista de la próxima toma de Viena por las tropas de Víctor Emanuel II.

Y con el envío de los señores Muñoz Rodríguez, y Garcés a Ecuador y Colombia, respectivamente recuperaremos, en esos países el perdido prestigio de nuestra acción diplomática. El señor Muñoz Rodríguez, talentoso y culto, reúne las condiciones necesarias para dar cumplido término a su misión, no obstante lo escabroso que ha de serle empezar en Quito gestiones que han de terminar en Lima.

Las dificultades suelen ser estímulos para los diplomáticos, pero las de este caso son un peligro, sobre todo si se considera que las actividades del señor Muñoz Rodríguez serán observadas, con ojo avizor, por la Cancillería del Rimac. ¿Hay, como creen algunas personas conocedoras de nuestros problemas in-

ternacionales, impremeditación en este modo de proceder? ¿Llegará el señor Muñoz Rodríguez a Lima? Y, ¿hay también, como creen otras personas, inutilidad en el nombramiento del señor Rafael Blanco para Venezuela, que nunca ha acreditado Ministro en Chile?

Sea como fuere, el país confía en que el señor Muñoz sabrá desempeñar con sagacidad su elevada misión, y que el señor Garcés logrará restablecer la armonía que existía hasta hace poco entre Chile y Colombia, a pesar del desvío con esta nación hermana nos ha tratado últimamente, debido, tanto a la pobreza de nuestra representación allá, como, según se asegura, a la demora en cumplir, por parte de Chile, lo establecido en una Conferencia, protocolizada, que lleva las firmas de los señores Olaya Herrera y Joaquín Figueroa. A esto se debe también el que el señor Ancízar, Ministro de Colombia, acreditado ante los gobiernos de Chile y la Argentina, no se haya presentado entre nosotros y permanezca, desde hace tiempo, en Buenos Aires...

Todas estas asperezas, y otras, de que trataremos próximamente, ha de hacer desaparecer, para siempre, el señor Garcés, sabedor, como todo hombre culto, que las obligaciones entre los países son recíprocas y que su cumplimiento ha de ser franco y rápido. Sólo procediendo así llegaremos algún día a ser sinceramente respetados por las naciones hermanas, y a tener la seguridad de que no se festinarán nuestras proposiciones resolutivas de los conflictos internacionales que nos preocupan, como nos ha pasado con el Perú, confiado ahora en la utopía de que el asunto Tacna y Arica sea fallado por el futuro Tribunal de la Paz Universal. Y lo mismo decimos de Bolivia, que está hoy, más que nunca, convencida de que su conveniencia está en acercarse a Chile, antes que en oír los halagos peruanos o argentinos. Es justo reconocer que a esta disposición de ánimo de la nación boliviana ha contribuido, de modo eficaz, la labor de la Embajada que envió Chile a ese país con motivo de la transmisión del mando supremo. La fórmula propuesta por Barros Borgoño en 1895 terminará por abrirse paso; los políti-

cos bolivianos parecen aceptarla, y los políticos chilenos, como si no la conocieran, meditarla.

¿Qué peligros, bochornos o victorias nos traerá el año que empieza? ¿Corresponderán los nuevos diplomáticos a las esperanzas del pueblo y del Gobierno chilenos?

E. DE SALAVERRY.

IR VIVIENDO AL ACASO...

(De un poema no escrito).

Ir viviendo al acaso,
muerto de soledad,
y buscar tu regazo
mientras te alejas más.

Abrasadas las sienes,
caminar, caminar...
Y saber que no vienes
y que nunca vendrás.

Presentir la pérdida
y olorosa tibieza
que tendría el hogar...

Y llevarte en mi vida
como enorme tristeza
que no puedo llorar!

CARLOS PRÉNDEZ SALDÍAS.

VENECIA

Las Aguas y los Palacios

La ciudad ofrece dos series de tonos,—sinfonía extremadamente completa y de una variedad inaudita; los azules de las aguas y del cielo y los ocre de las casas,—dos gamas de colores complementarios que armonizan, se desenvuelven y se amalgaman en nubes tempestuosas o en remolinos de agua violeta, y aumentan o disminuyen desde que, al sol poniente, los bermezones y los cromos invaden poco a poco el cielo y los reflejos de la laguna, hasta la hora en que todos los matices se apagan y desaparecen en el manto azuloso del crepúsculo. Los azules son suaves, a menudo atenuados y casi muertos; los ocre son vivos, pero los tonos, aunque violentos, se funden sin chocar. Rojos y amarillos se mezclan en proporciones infinitas, en las cuales domina generalmente el primer elemento que se aviva hasta el encarnado ardiente en algunos palacios del Gran Canal, se obscurece en los ladrillos del Hospital o de las iglesias viejas, palidece en carnaciones asalmonadas sobre los muros del palacio de los Dux o muere en las tejas rojizas de los techos. Los pintores venecianos tenían que ser coloristas; era fatal que el rojo dominara en su paleta; pero su rojo es el púrpura, es decir, tiene un poco de amarillo: no es ni el escarlata, ni el carmín.

DAUZAT.

Al medio día

Se aproxima el Adriático. El Véneto extiende sus tierras bajas con tal lujo de fertilidad, que recuerda la vega valenciana.

Los campos están plantados de hortalizas; las mujeres, puestas en cuclillas, rebuscan entre las hojas de los fresales; una red de pequeñas acequias se extiende por todas partes, y a cada momento se ve una barraca con el techo de paja obscura, a la que sólo le falta la cruz en lo alto y coplas y relinchos en la puerta, para que la ilusión sea completa.

Va notándose en el campo la proximidad de Venecia. Las sales marítimas obran poderosamente sobre la tierra; la vegetación decrece, surgen en el cultivo verdosas marismas erizadas de juncos, entre los cuales canturrean las ranas su eterno estribillo, hasta que, por fin, llegamos a Mestre, la última estación de tierra firme en la misma orilla de la laguna y sin más unión con Venecia que un puente colosal.

Desde allí, como un cuadro azul que tiene por marco el escaso pedazo de tierra firme, las paredes de la estación y la techumbre de hierro, se ve en el fondo la ciudad famosa, la reina de las lagunas, surgiendo del mar como las poblaciones fantásticas creadas por los genios en las leyendas orientales, con sólo lanzar su aliento sobre las aguas.

¡Qué espectáculo! Las ventanillas de los vagones parecen retablos de almas, obstruidas por manojos de cabezas que estiran el cuello con el afán de la ansiedad y el entusiasmo. Parecen eternos los pocos instantes que el tren se detiene en Mestre; se siente intranquilidad, deseo vehemente de llegar cuanto antes, como si el puente fuese a hundirse de un momento a otro o la fantástica ciudad pudiera disolverse en el azulado fondo como un ensueño.

Un ensueño: esta es la palabra. Llega a dudarse de la realidad al ver cómo se destaca sobre la verdosa sábana Venecia, dorada por el sol; envuelta en una ligera bruma que hace temblar sus contornos; rodeada de islas que son jardines; viendo siempre en lontananza un cinturón de buques que se aproxima

man; recortando sobre el vibrante éter las cinco cúpulas de oro de San Marcos, el esbelto campanil con sus ventanales de mármol, las cien torres de sus iglesias, que son museos, la afligranada crestería de la mansión de los Dux y sus innumerables palacios, en los cuales la piedra labrada, bordada, hasta formar un tejido sutil, resalta sobre los muros pintados de ese rojo oscuro llamado rojo veneciano. Todo es hermoso, saturado de luz, reverberante, con irisados reflejos, retratándose con inquieto espejismo en la laguna, como una galera inmensa cubierta de mármoles y oro que se mece sobre las muertas aguas.

A lo lejos se ven pasar las negras góndolas como insectos que resbalan por debajo de los puentes. El mediodía es saludado con alegre parloteo de armoniosas campanas, como si las altas torres fuesen nidos de pájaros canoros; y las barcas de pesca vuelan en los confines de la laguna, tendidas al viento sus velas cuadradas, iguales a nuestros cometas de Pascua, con grotescos figurones y caprichosos dibujos cargados de almazarrón.

Entramos en el puente (una lengua artificial que une a Venecia con la costa y tiene la friolera de cuatro mil metros de largo), construido todo el de mármol de Istria, y sostenido por doscientos veintidós arcos. Como está tendido sobre aguas muertas, en las que la tempestad apenas si produce un ligero oleaje, su altura es de pocos metros, y desde el interior del tren parece que éste marcha a través del mar.

BLASCO IBÁÑEZ.

Atardecer

Aquí no puede hacerse nada más que soñar; aun *soñar* es una palabra falsa, puesto que designa una simple divagación del cerebro, un vaivén de ideas vagas: los ensueños de Venecia son con sensaciones, no con ideas. Por la centésima vez, hoy, a la caída del sol, he notado el color particular que toma el agua

del mar en las cercanías de los bancos de arena: son tintas leonadas de bronce florentino, en las cuales relampaguean sinuosamente grandes resplandores. El rojo de Occidente se despin-ta y se transforma en tonos anaranjados, verdosos o rojizos. A veces se convierten en verdaderos arreboles de aurora, como una tapicería de seda que se alza y baja a impulsos del aire. Más allá, los infinitos movimientos imperceptibles de la gran sábana azulada se mezclan y se unen, extendiendo entre el mar y el cielo una red de blancuras listadas; la góndola nada en la luz; en torno solamente es donde se ve el verde confuso del mar, siempre cambiante y siempre el mismo.

Al cabo de una hora se arriba al Lido: es un largo banco de arena que protege a Venecia contra el verdadero mar. En el centro hay una iglesia con un caserío alrededor, cercado de jardines, cuyas empalizadas son de esteras de paja trenzada; están cubiertos de nacientes árboles frutales, todos en flor. A la izquierda destácase una alameda de árboles más viejos, pero renovados por la primavera, que ya está a las puertas. Sus redondas copas están blancas como los ramilletes de las desposadas. Avanzo como unos trescientos pasos más y... he aquí el mar, el gran mar; no inmóvil y cambiante lago como en Venecia, sino salvaje y ruidoso, con el eterno choque de su flujo y reflujo, con la espumosa efervescencia de sus olas. No hay nadie en esta inmensa faja de arena; todo lo más suele distinguirse de vez en cuando al salir del recinto murado el capote gris de algún centinela. Ningún ruido humano. Camínase en silencio, y poco a poco se siente uno envuelto en la gran voz monótona de la Naturaleza. Las pisadas quedan impresas en la blanda arena; los pies hacen crujir las conchas que pisan; los pequeños cangrejos huyen a centenares y se salvan dejándose conducir por las olas, que les hacen desaparecer. La noche se avecina, y al Oriente y frente a mí, va ennegreciéndose. En la obscuridad, que empieza a extenderse, distingo todavía dos o tres velas blancas de navío; bórranse; los tonos verdosos del agua se ensombrecen y se confunden en la noche universal; sólo de tiempo en tiempo, una ola hace rodar a mis pies la nieve de su espuma, que apenas me deja percibir la creciente obs-

curidad, y se deshace en la playa con suave choque. De todas partes se eleva algo así como el sordo clamor de una jauría lejana, un infinito y ronco rugido que, borrando otras sensaciones, viene a sobresaltar el alma con sus amenazas y hace eco a una idea perdida ya en Venecia: la de la fuerza indomable y amenazadora del mar.

Al regresar, por la parte donde se ocultó el sol, el cielo está como un ascua, y el conjunto de casas, de torres y de iglesias, destaca sobre el rojizo resplandor su opaca negrura. Es verdaderamente la imagen de un incendio monstruoso, como los que hubo en los trastornos de la superficie terráquea cuando una erupción de lava destruía la vegetación secular. Parece que una fragua inmensa llamea allá abajo, más allá del alcance de la vista, pero cuyas chispas vuelan en ígneos torbellinos ante los ojos, con la sombría escarlata de los troncos que arden todavía, y los carbones apagados, amontonados y hundidos por el desplome y el crujido de los grandes bosques. Sus fúnebres sombras se prolongan hasta lo infinito en el agua rojiza, y vienen a perderse en la noche, que ya ha extendido su manto sobre alta mar.

H. TAINE.

Anocheecer

La noche avanzaba sobre nosotros en el momento en que atravesábamos la campiña de Padua dirigiéndonos a Venecia. El cielo estaba nublado, y a intervalos, entre los nubarrones, lucían algunos pedazos serenos, de extraordinaria limpidez, en las cuales nadaban las primeras estrellas de la tarde. Pero en el borde del horizonte, hacia la extremidad Norte, del lado de las montañas, las nubes relampagueaban, mientras en el otro borde, hacia la extremidad Sur, del lado del mar, franjas de púrpura formadas por los vapores del lago y los últimos destellos del día, daban tinte cobrizo a los objetos, fantásticas apariencias a la naturaleza, como si la región que íbamos a visitar

quisiese satisfacer todos nuestros deseos y premiar todos nuestros amores por ella, revelándose entre los misterios del más sublime de los crepúsculos. Sin embargo, mi impaciencia era infinita. Observaba que la vegetación se extinguía, que comenzaban canales desecados, llenos de lodo, sobre cuyos bordes crecían tristemente algunas plantas marinas; pero por más que sacaba de mi vagón la cabeza para mirar al punto final de nuestra carrera, no veía ni la soñada laguna ni la querida ciudad, como si huyeran a mi anhelo y se esquivaran a mi deseo. Tengo tal idea de la fragilidad de esa hermosa Venecia, combatida de continuo por los vientos y las aguas, que temía pudiera desaparecer antes de serme permitido verla, y se encerrara en la concha marina en que nació, como un milagro vivo de la historia humana.

Así, en aquel momento, yo dudaba de la proximidad de Venecia, o temía que Venecia hubiera desaparecido para mí. Al fin nos paramos en Mestres, a las puertas de la gran laguna veneciana. El aire nos trasmitía el eco de sus campanas, que tocaban el *Angellus*, y que nos recordaban la emoción sublime de Byron, cuando una tarde creyó ver al conjuro de esos mismos ecos, por los bordes del horizonte, deslizándose sobre las aguas, como las estrellas del cielo, a la Madre del Verbo, calzada por la luna, y con la misteriosa blanca paloma sobre su frente en aquella hora sublime de la creación y del amor. ¿Era verdad que iba a ver a Venecia? ¡Cuántas veces, en las largas horas de las noches de invierno, para pasar la uniforme velada de los pueblos, mi madre, que amaba mucho las letras, me había contado misteriosas historias venecianas a la usanza de principios de siglo: la decapitación de Marino Faliero, el destierro del joven Foscarì, el heroísmo inmortal de Dandolo, la salvaje pasión de Otelo, el esplendor de sus banquetes immortalizados por Pablo Veronés, los desposorios del Dux con las aguas de los mares en la góndola recamada de brocados y movida por remos de oro, la tristeza infinita del último de sus magistrados, cuando se desmayó al firmar el protocolo que entregaba su patria al austriaco, por un criminal error de Napoleón; todas estas sencillas narraciones, medio históricas, medio legen-

darias, en que siempre se dibujaban algunos espías o algunos calabozos para inspirar el terror trágico; algunas sesiones del Consejo de los Diez para sostener el interés dramático; y alguna enseñanza moral para fortificar estas dos ideas a cuyo culto no renunciaré nunca: la libertad y la patria.

Mientras rodaban todas estas ideas por mi cabeza, penetraba el tren en la laguna de San Marcos. El cielo, como he dicho, de un lado claro, brillantísimo; de otro, oscuro, si bien relampagueante; a intervalos cubierto de nubes u ornado de estrellas, tenía un aspecto de tal manera singular, que no me cansaba de contemplarlo, pidiéndole su luz para embeberme en aquel espectáculo, objeto de tantos deseos, asunto de tantos ensueños. La inmensa laguna que aun conservaba algo en su tranquila superficie de la claridad del día, brillaba en toda la extensión del vastísimo horizonte como un inmenso espejo atravesado por fajas, ya de ópalos allí donde se reflejaban las estrellas, o ya de amatistas allí donde se reflejaban las nubes, encendiéndose de vez en cuando por siniestro modo al latigazo del relámpago. La humareda de la locomotora, el aliento de los lagos, las nubes sobre nuestras cabezas, las aguas bajo nuestros pies, y en toda la inmensa extensión descubierta por la vista, nos hacían creer que nos hallábamos fuera de la tierra, o cruzando en el lomo de algún monstruo regiones ignotas de la atmósfera. Entre los dudosos resplandores, entre las inciertas sombras, como dibujados fantásticamente en oscuro espejismo, descubriáanse los edificios de Venecia, aquí y allá iluminados por pálidas luces. Si no hubiera sabido que era Venecia, creyéralos, al verlos surgir como por encanto de las aguas, sostenerse entre la superficie líquida y el flúido del aire sin tocar visiblemente por ningún lado a la tierra, una ciudad flotante, una nómada caravana marítima, presidida por algún dios de las olas, y por aquel momento refugiada en el tranquilo seno de la celeste laguna adriática. ¡Qué armonía de colores a pesar de la noche! Ya tiemblan las estrellas en la ligera ondulación; ya las plantas marinas dan algunos toques sombríos; ya un faro finge en su reflejo serpientes de topacios; ya el remo de una barca despide gotas de luz, produce como llamaradas de fósforo, deja estelas blanquísimas

semejantes a la Vía Láctea; ya de un lado las sombras de los edificios, espesando la obscuridad, extienden festones de azabache, mientras de otro lado alguna nube, perdida por el ocaso y que aun absorbe, como una esponja aérea, los últimos matices del sol ausente, los destila sobre raros puntos como una llovizna de púrpura, todo realzado por las gasas misteriosas y por los espléndidos reflejos que los vapores del aire y los cambiantes del lago dan por doquier a este mundo casi ideal de no soñados encantos.

CASTELAR.

ROSA MÍSTICA

A la virgen de las nieves.

Adoro una blanca beldad misteriosa,
mística princesa, grave y silenciosa
que subyuga el alma con extraño amor.
Habita en el hueco de elevado muro,
como si en la grieta de peñón obscuro
arraigase altiva y aromosa flor.

Es una princesa cuya faz divina
despierta emociones. Allá en su hornacina
de viejos cristales, la miro al trasluz.
Juegan en su manto los oros del día
y cuando la envuelve la noche sombría,
arde ante sus plantas amorosa luz.

Nunca ante su alcázar paso indiferente;
al verla en su nido, que finge un altar,
la miro un instante fervorosamente,
murmuro su nombre, descubro mi frente
y así un homenaje le rindo al pasar.

Por frente a su reja que guarda el misterio,
todos los que llevan hacia el cementerio
desfilan inertes, en muda legión.

Pasan en silencio los tristes despojos,
y la hermosa Reina de los dulces ojos
parece mirarlos con rara expresión.

Óyeme princesa de la faz radiosa,
oye, blanca estrella que fuiste una rosa
nacida en los prados de luz del Edén,
mañana, siguiendo la fúnebre vía,
mi yerto cadáver, en caja sombría,
silencioso y triste pasará también.

Y no podré verte, beldad bienhechora,
ningún homenaje te podré ofrendar;
pero a veces pienso que en aquella hora,
este dolorido corazón que implora
acaso en mi pecho sentiré temblar.

Bien sabes ¡oh Reina! por qué te amo tanto,
sabes que al rogarte con ansia cruel,
oíste mi queja que inspiró el quebranto,
y mi cáliz lleno de amargura y llanto
se trocó en un cáliz de perfume y miel.

Tal vez, Princesita, como eres tan buena,
al ver mis despojos cruzar ante ti,
compasiva y dulce sentirás mi pena,
y como el aroma de blanca azucena,
tu plegaria al cielo se alzaré por mí.

¡Callarán entónces mis labios amantes,
mas, por milagrosa y extraña emoción,
de mis muertos ojos rodarán brillantes
los dos más hermosos y puros diamantes
que guarda el tesoro de mi corazón!

LOS REVOLUCIONARIOS DEL PORVENIR

(Para la Revista de "Artes y Letras")

Si revolución quiere decir transformación y transformación es sinónimo de progreso, de mejora, todo hombre es un revolucionario en germen.

El problema consiste, y ello es la causa del profundo horror que la palabra Revolución inspira a la mayoría de las gentes «sensatas», en que muy pocas veces las revoluciones son esto. Quiere decir que casi siempre los revolucionarios no han sido más que unos explotadores y que las revoluciones han sido sólo un cambio de postura o peor.

Una revolución necesita tener una espiritualidad, un alma, una conciencia, y, sobre todo, una ética. Revolución sin sentido moral es tan sólo una explosión de cosas malas.

Todo el siglo XIX ha sido de revoluciones. Pero ¿se ha realizado, si bien lo examinamos, una sola revolución durante él? El terrible espectáculo de la guerra mundial, que todavía contemplamos, nos enseña que las sociedades modernas no han realizado todavía la verdadera revolución, esto es, que las llamadas revoluciones anteriores no eran más que una palabra sin sentido.

Los revolucionarios no son, ni han sido, ni serán nunca más que aquellos que lleven en sus conciencias un alto sentido moral, que se propongan, a costa de ellos mismos, con un concepto de abnegación ejemplar, el mejoramiento del mundo.

El siglo XIX ha sido la centuria de los grandes egoísmos. De ahí el fracaso de sus falsas revoluciones. El siglo XIX ha sido la apoteosis del materialismo a expensas de la suprema moral.

Es evidente que asistimos a la transformación de la humanidad. El término de la guerra mundial ha de marcar el comienzo de una nueva era. Nos encontramos en los albores de una inmensa revolución.

Si los hombres que han de encarnarla no son más que de acción, si no son más que intelectuales a lo sumo, el porvenir de la humanidad será bien triste. Si los «revolucionarios» bañan sus almas en las aguas puras de la moral, si saturan sus espíritus en las supremas idealidades éticas, la humanidad habrá entrado en el camino de su dignificación definitiva.

A nosotros los iberos de ambos continentes nos corresponde iniciar el camino, nos corresponde preparar el sendero, nos corresponde ir llenando el ambiente de ese aroma espiritual que substituya al olor de la sangre que hoy llena, rojo, los campos de batalla.

EL MARQUÉS DE DOSFUENTES

LA SOLEDAD INTERIOR

Sentirse solo, solo, en medio de los hombres
oir la voz interna—el viento sobre el mar—
por todos los caminos llegamos a la muerte
este camino mío también me ha de llevar.

Velar la visión negra de las brumas mortales,
vivir nuestra mentira, vivir nuestra verdad,
tener como los ciegos las manos llenas de alma
para palpar el rostro de la serenidad.

LAUTARO GARCÍA.

CRÍTICA

Libros chilenos

HOJAS AL VIENTO.—La sutil y ardorosa escritora que firma sus trabajos con el seudónimo de Clary, ha publicado últimamente con el título que encabeza estas líneas, una serie de cuentos llenos de vida, de misterio, de gracia y de dolor. El título de su obra es, como el de poquísimas, justo. Las páginas pasan, revueltas, arrebatadas por un soplo de rara sinceridad y de pasión. Sus ideas, sus ternuras, sus vehemencias vuelan, dispersas, al aliento de un espíritu encendido por las más nobles aspiraciones. En algunas, las más bellas, hay no sabemos qué de doloroso; diríanse confidencias hechas con frases translúcidas de verdad, con palabras próximas a la revelación de lo no confiado, antes, sino a la brisa o la estrella. Su acento mental es único en nuestra literatura femenina; lo sentimos animado de alma, teñido de emoción.

Las páginas de Clary tienen, además, el mérito de no recordar a ninguno de los novelistas de moda entre las señoras. No son, tampoco, uno de los varios y exquisitos medios que tiene la sensibilidad femenina de libertarse de los residuos sentimentales dejados en ella por la lectura de los novelistas y poetas; son la directa y necesaria expresión

de un alma que se siente atormentada de pureza, de pasión por lo bello y de locura por lo honrado. Clary será, antes de mucho, una de nuestras mejores escritoras.

PÁGINAS DE ANGEL PINO.—Biblioteca de la *Revista Chilena*.—400 páginas.—Imp, Universitaria, 1917.

Hace poco, la *Revista Chilena* ha publicado un libro con el título que encabeza estos renglones. Son artículos de prensa escritos por don Joaquín Díaz Garcés en *El Mercurio* y que, reunidos en volumen, forman una colección de preciosas observaciones hechas por el popular escritor al margen de la vida pública chilena.

¿Quién no conoce a Angel Pino? ¿Quién no ha saboreado en *El Mercurio* alguno de sus artículos con olor a tierra, a nuestra yerbabuena, salpicados de gracejo chispeante y genuinamente nacional?

Pocos como él han sabido observar al pueblo y al «medio pelo» de nuestra sociedad criolla, satirizando en forma amable, con humorismo sano y agudo, las muchas debilidades de sus costumbres. Es que pocos también han estudiado con más amor al guaso y al siútico, nadie ha seguido con más interés en sus ignorados heroísmos, en sus bizarrías, al

primero; y en sus ingenuas e inofensivas ridiculeces, a este último.

El libro que hoy se nos ofrece en las Ediciones de la *Revista Chilena*, es una recopilación de artículos humorísticos. Es preciso advertir que el humorismo es una planta rara en nuestro país. Tierra de tontos graves por excelencia, no se conoce más que la gravedad editorialesca, la frase campanuda y hueca. Una que otra vez han aparecido algunos brotes de escritores espirituales; pero éstos han muerto junto con nacer, o la pereza y la grosería atávica se han aliado para anular sus facultades de liviandad y sana alegría.

Don Carlos Luis Hübner y Angel Pino, son los únicos que persisten como humoristas genuinos de nuestra tierra. Ambos son atildados y correctos, observadores sagaces y trascendentales.

No podríamos clasificar como humoristas a una serie de jóvenes escritores que imaginan que el artículo humorístico no tiene otro objeto que provocar la risa a trueque de cualquier chiste insustancial o de alguna frase malévola o insidiosa.

Para encontrar antecesores a Angel Pino, en lengua española, habría que ascender a Figaro, el inimitable don Mariano José de Larra. Sólo con él podríamos enlazar un cierto parentesco espiritual. En don Joaquín Díaz Garcés encontramos la misma aguda observación de las costumbres, la misma elegancia y pureza de estilo, e igual intención moralizadora que se desprende de sus críticas pintorescas.

Sus carcajadas nos recuerdan nuestros defectos, y sus bromas nos señalan, en muchos casos, el camino de la cordura.

No temo exagerar al decir que Angel Pino es el mejor escritor de su género en Sud-América y aun en todos los países de habla española. Pérez Zúñiga es demasiado «payaso» y poco fino para superar a nuestro compatriota.

(Publicado en *El Sur* de Concepción, y reproducido en *Las Últimas Noticias*).

POBRECITAS. — Armando Moock. — Santiago, 1917.

Armando Moock, en sus peregrinaciones de bohemio, debió dar con una de esas características casas de pensión que hay en Santiago, en la calle Gálvez, Nataniel o Santa Rosa, y allí, entre bocado y bocado de un puchero sin jugo y un trago de agua (vino barato a las veces) acaso intimó con don Jorge, Rosita o Raquel. No sería extraño que hubiese tenido más que simple amistad con la chiquitina (así pudiera explicarse el profundo conocimiento sobre la ropa interior de la casquivana muchachita que se estruja en la calle, a la luz de los faroles, con algún tenorio del barrio).

Esta vida mísera, aplastante, de la gente venida a menos, tan común entre los pobres vergonzantes de Santiago, la ha sentido Moock sincera y apasionadamente; y en eso, verdadera facultad de novelista está lo más vivo y substancial de su obra. Mientras el autor, con una piedad sentimental que a veces degenera en sensiblería, lamenta el alma simple y candorosa de su protagonista, de la *pobrecita*, está muy bien: poeta, humano, viril; pero un día, «Los Diez» llamaron a concurso y esta novela que bullía con frescura espontánea en la cabeza bonachona del autor de Isabel Sandoval empezó a sufrir una transformación radical. Le pasó a Moock, se me ocurre, lo que a las mujeres embarazadas cuando se dan un golpe, es decir, dió a luz antes de tiempo: trató de conformar su argumento al gusto del jurado; y de aquí nació el gato, es decir, una piel de gato debajo de la cual se escondió Moock, animalito demasiado pequeño para un hombre tan desarrollado, y de ahí que sus crespos románticos desbordasen ampulosamente por entre los bigotes impertinentes del felino. Moock hincó la rodilla ante su majestad el Jurado

y aunque ganó los cuatrocientos pesos echó a perder la espontaneidad humana de su novela; pero de improviso, el muchacho apasionado y sano, enemigo de trabas y prejuicios literarios, echa al diablo la piel del gato simbólico y entonces vemos a Mook comiendo puchero sin jugo, entre trago y trago de agua (vino barato a las veces).

VASO DE ARCILLA...—*Carlos Acuña*.—Santiago, 1917.

Un profesor de retórica clasificaría a Carlos Acuña entre los poetas bucólicos, autores de pastorelas, vaquerías y serranillas: tiene, en efecto, este cantor criollo toda la candorosa malicia del campo chileno; el aroma punzante de las albahacas que crecen a la margen de los esteros o que se marchitan en el pecho robusto de una campesina. Puede Acuña, como el poeta francés, el pintor panteísta de las landas, decir que *sus padres labraban la tierra y que él la canta... Canta la tierra... Pidenes del arbol, lazos de tientos como culebras, desprecios agrios como agua salá, guasos con el sombrero ladeado al ojo, baladas criollas*, en una palabra, que surgen espontáneamente del alma del poeta: tal un soplo de viento entre las ramas reverdecidas de un álamo, que se espeja en una corriente cristalina...

Al pasar por el alma del artista todo ese tosco aroma del campo chileno, se depura, pierde su rudeza sin dejar de ser profundamente humano... Ese *cántaro de greda* se convierte en un *vaso de arcilla* simplemente.

Libros extranjeros

PANTHEOS.—Carlos Sabat Ercasty es uno de los más vibrantes poetas modernos del Uruguay. En su libro *Pantheos* ha reunido cinco composiciones en verso, que, por su extensión y el alcance de sus ideas, son verdaderos poemas, y siete trabajos en prosa lírica que revelan la riqueza de su intelecto y la facilidad y corrección de su estilo.

Los títulos de sus versos son: «La Esfinge», «Nirvana», «La Montaña», «Urania», «El Arbol». Y los de sus prosas: «Al poeta que viene», «El Hombre», «Anunciación», «El Comienzo», «Más allá», «El Héroe y la Ruta», «El Placer armonioso». En todos aparecen brillantemente sus cualidades de poeta fervoroso, de vate anunciador. El señor Sabat Ercasty es un visionario. Lo preocupan, más que la belleza artística de los aspectos de la naturaleza que admira, su contenido moral, sus evaporaciones de ensueño. Es un afirmador de la vida, un hombre lleno de fe en lo futuro, de confianza ilimitada en las promesas de la luz y de los horizontes. Entre la endeble maraña de los versos y las prosas ultramodernistas que nos cierran el paso con sus vanos intentos de ser una selva de misterio, su obra es un rosal lleno de vida, de luz y de aromas.

LAS EPOPEYAS.—El cultísimo escritor argentino señor don Miguel Escalada, ha publicado un volumen de estudios sobre las epopeyas. La obra está dividida en diez partes: «El ciclo índico», «Ilíada», «La Eneida», «Jerusalén Libertada», «Kalevala», «Nibelungos», «Niños y Ancianos de la Biblia», «Las Lusitadas», «La Divina Comedia», «Don Quijote». Cada uno de estos estudios es un resumen en veinte o treinta páginas, del poema cuya belleza comenta el autor con admirable sagacidad y tino. Presentándonos las escenas culminantes para ampliar el sentido de sus valores reales o simbólicos, o extendiendo simplemente ante nuestros ojos un cuadro, el más épico, de esas narraciones, nos las hace admirar una vez más, y junto con esto, reconocer en el autor a uno de los más finos y sobrios escritores argentinos. El señor Escalada posee un estilo correcto y flúido. No hay en sus frases ni el acaso excesivo color de los modernistas, ni la enervante aridez de los clásicos. Es moderno, pero preciso y claro y armonioso.